

LA HISTORIA TERMINÓ



(Relatos camuflados)

Sergio Gabriel Fassanelli

(1988)

PRÓLOGO

Cuando terminé de volcar mis broncas en el papel, estos escritos llevaban como título *La historia sigue... (Relatos camuflados)*. Con estos relatos quise expresar la lógica indignación de alguien que se vio avasallado tanto en su integridad física como mental. Pero no se trate de encontrar en ellos un gran valor literario ya que no fue ése el fin con el que fueron escritos. Cada palabra fue escrita con odio, con fuerza y con muchas ganas. Necesitaba desahogarme —como lo digo en uno de estos relatos— y al fin lo hice. Al fin pude sentirme más aliviado.

En el año 1988 —no recuerdo bien la fecha exacta— puse el punto final a esta serie de catorce relatos —uno por cada mes de colimba sufrido—, cinco años después del día que me dieron de baja de la infantería de marina. Durante cinco años estuve buscando la forma de expresar mi sentir sobre aquella pesadilla que había vivido despierto. Durante cinco años —o más— me desperté con la angustia

de creer que tenía que volver, que tenía que cortarme el pelo y afeitarme. Quizás suene poco creíble, pero fue así: varios años después de haber recibido mis documentos con el sellito y la firma que certificaban el deber cumplido, seguí soñando que estaba en esa maldita base naval, seguí despertándome por la mañana con esa angustia atroz y necesitaba agarrarme los pelos largos, tocarme la barba, para darme cuenta, después de algunos segundos de semiinconsciencia, de que todo eso formaba ya parte de mi pasado.

Y hoy, a más de diez años de haber hecho la colimba y a más de cinco de haber terminado de escribir *La historia sigue... (Relatos camuflados)*, con alegría me propuse cambiarle el título a estos relatos. El servicio militar hoy ya no es obligatorio. El servicio militar hoy es una opción más para la juventud, una carrera más, una "profesión" más. ¿Por qué? No justamente porque el presidente de turno lo haya dispuesto sino porque era lo que tenía que indefectiblemente pasar.

Durante los años infames del Proceso, durante el último gobierno militar desaparecieron más de cien soldados; desde el 10 de diciembre de 1983 fueron denunciadas veinticinco muertes de conscriptos en servicio; y, obviamente, hubo un detonante: el homicidio de un conscripto en un cuartel de Zapala en circunstancias muy oscuras.

Por eso, el servicio militar obligatorio no desaparece gracias a un presidente que dispuso el fin de semejante hipocresía; las gracias deben darse a los largos años de deterioro de la institución militar y a muchos de sus miembros que creyeron ser los dueños de un país cuando sólo fueron unos monigotes. El presidente hizo lo que cualquier político hubiese hecho en su cargo, sin distinción de ideologías. Tenía que atenuar los efectos de tan horrenda muerte y aprovechar la

oportunidad para realizar una hábil maniobra política que, además, sumaría votos en las urnas. El presidente que está en el poder y que tomó la decisión es sólo un accidente político, por más que tenga nombre y apellido.

Y es así como *la historia terminó*. Si bien se seguirán incorporando jóvenes al servicio militar, se podrá seguir tratándolos como siempre, se los podrá utilizar como servidumbre y hasta quizás —con suerte— se les dé una formación militar disciplinada, a pesar de todo eso, *LA HISTORIA TERMINÓ*. Porque ya no se obliga a nadie a hacer lo que no quiere. Porque si todo sigue como antes, nadie se podrá quejar, ya que los que estén ahí adentro lo estarán por voluntad propia; nadie los habrá obligado a incorporarse. Y van a tener que aguantársela, porque no es decoroso para un militar aflojar.

Noviembre de 1994

*Hablo de cosas
que existen.
Dios me libre
de inventar cosas
cuando estoy cantando.*

PABLO NERUDA

UNO

EL SOBRE MARRÓN

*Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo,
no hago ruido en este suelo
ande tanto hay que sufrir;
y naides me ha de seguir
cuando yo remuento el vuelo.*

Martín Fierro

Cuando regresó a su casa, una leve llovizna caía sobre la ciudad. Era la hora del almuerzo y no encontró a su familia. El día estaba oscuro y el aire pesado, el viento no se hacía sentir. Al abrir la puerta de calle y entrar al zaguán, había pisado por descuido una tarjeta rosada que habían tirado por debajo de la puerta. En letras minúsculas y grandes decía: *encotel*. Se alegró al ver que en el correo había una carta que estaba dirigida a él, pero no podía adivinar quién podría escribirle; nadie lo hacía habitualmente. Dejó la tarjeta en el escritorio y pensando en retirar la carta del correo por la tarde, se puso a cocinar. Tenía hambre y no quiso esperar a su familia.

¿Quién le escribiría? Sus ansias por saberlo se hacían cada vez más insoportables. Casi nunca recibía cartas, pero en aquel agosto de mil novecientos ochenta y dos alguien se había acordado de él; aquel último día del octavo mes del año había recibido una carta. *¿De quién?*, pensó y pensó, pero a nadie tenía en la lista de los posibles remitentes. *Será una amiga de aquí, de Santa Fe, o uno de los chicos, quizás...*, meditó un instante. Quería saber quién era: un amigo, una amiga, algún pariente... No, jamás se había escrito con sus familiares. ¿Y quién era el remitente, entonces? La carne estaba casi lista. Puso a cocinar dos huevos en la sartén y enseguida comenzó a comer, solo. La casa estaba en silencio, cosa no muy común, y su única compañía era Júpiter, su caniche negro, que movía la cola esperando un pedazo de carne a un costado de su silla. Esperaba ansiosamente

que el tiempo pasara y que llegara la hora de ir al correo. No lavó después de comer, dejó el plato sucio, el vaso con un poco de vino blanco y en el piso quedaron algunas migas de pan desparramadas.

Estaba inquieto. Fue a su pieza, puso música y siguió con la lectura de un libro que había abandonado hacía algunos días, acostado en su cama. La novela no era de las más entretenidas y a los pocos minutos se le empezaron a cerrar los ojos. Dejó el libro y se puso a pensar en la carta. Al rato gritó riendo: *¡Qué boludo! ¡Si mañana es mi cumpleaños!...* Siguió riendo al pensar en su olvido y se tranquilizó un poco al deducir que, sin dudas, sería carta de algún amigo la que estaba en el correo. Cerró los ojos y mil cosas pasaron por su mente —como siempre— antes de dormirse.

Cuando despertó miró su reloj y pensó que ya era hora de ir a retirar la carta. Se levantó de un salto y se vistió. Su familia ya había regresado; su padre estaba en el living escribiendo a máquina y los demás dormían. Tomó la tarjeta rosada y salió. Llovía un poco más fuerte que al mediodía; el colectivo tardó unos quince minutos en llegar al correo. Entró casi corriendo, desesperado y con una incertidumbre tal que su corazón latía muy fuerte. Detrás del mostrador había un hombrecito viejo, de cabellos blancos, flaco, que le sonreía. Lo saludó y mostrándole la tarjeta rosada, le explicó que quería retirar su carta. El viejo seguía sonriendo y le dijo que esperara un momento. Mientras esperaba, pasó por su mente la idea de que esa carta cambiaría un poco su vida. Pensó también en su cumpleaños número diecinueve. El viejo tardaba y un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando lo vio acercarse. Traía en su mano un sobre marrón y sospechó que no se lo mandaba ni un amigo ni una amiga ni un pariente. Era la carta del fantasma que nunca quiso que

llegara. Ni siquiera se animaba a pensar en él, pero sabía que tarde o temprano tenía que llegar. El viejito, con su permanente sonrisa —ahora más irónica—, le entregó el sobre y le deseó suerte. Él quiso agradecerle, sonreír, pero no pudo. Tomó el sobre marrón, vio su nombre en el anverso y sin abrirlo volvió a su casa. En el camino pensó mucho. Pensó en su hogar, en su ropa, en su ciudad, en su familia, en sus amigos, en su habitación, en todo lo que le esperaba. Siempre cabizbajo, decidió volver caminando bajo esa llovizna que apenas mojaba su campera de jean. Se reflejaba en los charcos y, al verse, se decía: *¡Ahora te quiero ver!* Estaba deprimido pero se reía, sentía un malestar placentero que lo ponía en la duda de si tenía ganas de reír o de llorar. Sonreía al pensar qué lejos estaba el verdadero remitente de ser aquél o aquellos que él había imaginado. Se habían acordado de él... pero no le causó ningún placer. Una nube de ideas daba vueltas en su cabeza mientras seguía caminando rumbo a su casa. *¿Y ahora qué hago?*, gruñó.

Se detuvo en el “Valencia”, un bar de calle San Martín, a tomar un café. Allí donde tantas siestas había compartido la mesa con sus amigos, ahora estaba solo frente a un nefasto sobre marrón. A pesar de que antes de abrir el sobre ya sabía lo que decía, se dispuso a leerlo. *¡Feliz cumpleaños!*, pensó irónicamente. Al acercarse el mozo, lo saludó y le preguntó qué deseaba beber. Sin pensarlo, casi automáticamente, respondió al saludo y le pidió un café. Miró al mozo y lo vio sonreír, igual que el viejito canoso del correo. *¿De qué se reirán todos?* Tuvo la sensación de ser el único imbécil que se sentía así en todo el mundo, pero sabía que eso no era cierto, que lamentablemente había más de uno que se sentía así o peor. A través del vidrio se veía la calle mojada y los autos que pasaban con los limpiaparabrisas en marcha. El bar estaba vacío, sólo el mozo que lo atendía estaba

allí, detrás del mostrador, cerca de los baños mugrientos, mirándolo y sonriendo. Él estaba inquieto. Sacó de uno de sus bolsillos la lapicera estilográfica que siempre llevaba consigo. Su estado de ánimo lo hizo volcar sus pensamientos en varias servilletas que, una por una, fue sacando del servilletero que tenía la inscripción de la marca de cerveza de su ciudad. Las letras se agrandaban sobre el papel al ser estampadas.

Deseando compartir mis momentos libres con alguien, me encuentro en este bar, solo, esperando algo... Parece que alguien quiso nublar mi vista, quiso tapar mis oídos, quiso cerrar mi boca, quiso dejarme solo, y lo logró. ¿Quién es? Creo que no lo sé. Quisiera estar contento, con una sonrisa en mis labios, pero no puedo, todo lo lindo de lo pasado, por desgracia, ya pasó, y yo aquí, sentado en esta mesita en una tarde lluviosa escribiendo esto. ¿De qué me servirá? No sé, pero me hace bien. No me interesa que lo lea alguien, no me importa, lo único que quiero es que se me pase todo esto, todo esto que creo tiene un maldito nombre: soledad. Sí, me siento solo y me revienta, me deprime, me dan ganas de que algo importante haga cambiar mi vida, un viaje largo, una hermosa sorpresa, un enorme regalo. ¿Qué sé yo? Un regalo que quiero para mí...

Son las seis de la tarde, no importa el día. ¿Y qué importa la hora? Si todos los días a cualquier hora para mí son siempre lo mismo. Lo que me preocupa es mi estado de ánimo. Está tan abajo que ya ni lo veo. Soy feliz, por suerte, porque tengo todo lo que una persona necesita para ser feliz: una familia y amigos, y agradezco a quien sea que me los dio, por tenerlos, pero no sé, me falta algo...

Ya no me acuerdo del extraño sonido del timbre de mi antiguo teléfono, ya no me acuerdo de las palabras alentadoras de un amigo, ya no recuerdo lo que es tener una amiga entre mis brazos, ya no me acuerdo de nada... Creo que mis ánimos me están haciendo exagerar todo. ¡Cómo no me voy a acordar de todo eso! ¡Cómo me voy a olvidar del día en que por primera vez besé a una chica! Nunca olvidaré los momentos más felices de mi vida, nunca, aunque la ocasión me haga escapar una lágrima. Me siento solo y estoy en mi casa. No quiero pensar cómo me voy a sentir dentro de poco cuando ya no esté, cuando esté lejos de mi familia, cuando esté lejos de mis amigos, cuando la distancia me separe de todo lo que yo más quiero. Ahí sí que voy a valorar todo lo mío, todo lo que poseo, todo lo que voy a extrañar. Y creo que por más fuerzas que tenga, por más hombría que quiera tener, no voy a poder evitar llorar...

Tapó lentamente la estilográfica mientras miraba la calle mojada y desierta. Terminó el café —ya estaba helado—, dejó el dinero debajo del pocillo vacío, se levantó, tomó el sobre marrón y salió apresurado. No quería volver a ver la sonrisa de aquel mozo. Las cinco o seis servilletas recién escritas quedaron sobre la mesa. Minutos después serían abolladas por el mozo que, sin leerlas, las tiraría a la basura.

La lluvia había cesado y una brisa fría soplaba entre los edificios. Caminaba siempre mirando al piso como quien busca dinero o desea encontrar su destino sobre las baldosas. Ya no pensaba; ahora se concentraba en mantener el equilibrio caminando sobre una hilera de baldosas, sin pisar las demás. Se imaginaba que las otras eran un abismo infernal y que moriría si las pisaba. Cuando

perdió el equilibrio, sonrió y se dijo *estás muerto*. Siguió caminando, acarició un perro vagabundo que lo siguió moviendo su larga cola. Los rasgos del perro lo asemejaban a una hiena. Le gustaba caminar por las calles de la ciudad, con el viento frío y la llovizna en la cara, las manos en los bolsillos o sosteniendo un cigarrillo y tarareando o silbando la melodía de una canción. Las calles se le hacían largas y eso le agradaba. Se dirigía a su casa pero no quería llegar. Se imaginaba la cara de su madre al recibir la noticia del sobre marrón. Sintió deseos de fumar pero no tenía más cigarrillos. Compró un atado de Particulares 30 y, encendiendo uno, continuó con su lenta caminata por las calles mojadas de su ciudad, de su país, de su mundo. Pensó que seguiría conociendo el mundo meses después, quién sabía dónde. Para él, el mundo conocido eran su ciudad y algunas otras ciudades argentinas por las cuales había tenido oportunidad de caminar con su mochila al hombro.

El perro seguía sus pasos moviendo la cola, contento también como el mozo y el viejo empleado del correo. Pero por más que se pareciera a una hiena, no se reía. Lo miraba con sus grandes ojos, su boca abierta y su larga lengua chorreando saliva espesa y blancuzca. A medida que se acercaba a su casa, las calles se le acortaban, como se irían acortando los días de ahí en más. Estaba desganado y quiso mejorar. *Vamos, loco —se dijo—, la cara alegre que no es la muerte*. No se lo creyó. Para él era como la misma muerte, lacrada en un sobre marrón. Al remitente no lo conocía ni el remitente lo conocía a él. Sería un viaje a lo desconocido, con gente desconocida, futuro desconocido.

Al llegar a su casa y abrir la puerta, percibió ese aroma que caracteriza a todos y cada uno de los hogares del mundo entero; lo sintió extraño y le agradó más

que nunca. Ahora, no sabía por qué, lo percibía dulcemente. Y no solamente ese clima de hogar; también veía de un modo diferente las paredes, los muebles, las arañas colgantes con las lamparitas quemadas, el piso lustrado, el color de las puertas, el largo de las cortinas. Hasta la presencia de sus padres y sus hermanos sentía diferente, más necesaria que nunca. Júpiter fue a recibirlo con saltos y ladridos. También su perro le haría falta meses después. Sus padres tomaban mate en la cocina. Les iba a mostrar el sobre marrón pero no quiso hacerlo en esos momentos, no sabía por qué. Los veía sonrientes y no quería convertir esa felicidad en tristeza, en caras largas, que seguramente pondrían al recibir la noticia. Fue a su cuarto. Perón lo miraba desde su hogar rectangular, colgado de la pared, mientras Don Quijote, enjaulado en otro cuadro, le pedía ayuda a Sancho a través de las rejas. Carlitos miraba cariñosamente a un perro blanco y, en su escritorio, dos o tres libros desordenados esperaban ser leídos. Se acostó y siguió imaginándose un futuro no muy lejano. Se tocó el pelo y pensó que estaba demasiado largo. Rió al imaginarse con el pelo cortísimo. ¿Cómo sería? De repente le asaltó la ansiedad de dar la noticia a sus padres. Se levantó, tomó el sobre marrón y fue hacia la cocina.

—¿Adónde fuiste? —preguntó su madre.

—Al correo.

—¿A qué?

No sabía cómo decirlo. Les mostró el sobre en sus manos. Se le hizo un nudo en la garganta y no le salieron las palabras. Júpiter lamía las zapatillas sucias. Quiso decirles que dentro de unos días tenía que partir, pero no sabía cómo, con qué palabras hacerlo. De pronto arrojó el sobre marrón sobre la mesa y volvió a su cuarto sin decir una sola palabra.

Su madre abrió el sobre y lo leyó. Miró a su esposo, inexpresiva, y comentó:

—Una carta de la Armada no es un buen regalo de cumpleaños...

DOS

TIEMPO DE TRANSICIÓN

*Junta experiencia en la vida
hasta pa dar y prestar,
quien la tiene que pasar
entre sufrimiento y llanto;
porque nada enseña tanto
como el sufrir y el llorar.*

Martín Fierro

Las piernas cruzadas, la mirada dirigida al suelo, en las manos un libro sin abrir. La cama soporta mil kilos de recuerdos, de ilusiones, de amor. Se escucha en la habitación una suave canción que ayuda a crecer la melancolía. Sus ojos miran sin ver. O sí, ven, pero hacia adentro, lejos, a miles de kilómetros, lugares invisibles, abstractos, inciertos. Una mosca inquieta zumba alrededor de su oreja pero él no se inmuta. Está lejos de esa mosca, de esa habitación, de esa *Divina comedia*. Sube la vista y ve su escritorio desordenado, con tierra, repleto de libros y carpetas cerradas, vírgenes, inexploradas. Una rosa blanca se marchita luego de cinco días de haber sido mutilada de su cuerpo materno, sin sangrar, pero sí sufriendo la dolorosa separación. Piensa que las rosas se marchitan, pero su incertidumbre no.

Estira ahora sus piernas y se acuesta en la cama. Su cabeza se hunde en la almohada como en un colchón de agua, al mismo tiempo que su mente se hunde en el recuerdo. El techo grisáceo no le alcanza para imaginar algo o a alguien que no está. De vez en cuando abre su libro pero no ve las letras, no ve a Dante y a Virgilio juntos recorriendo el infierno, no sabe que está mirando cosas ideales, personas ausentes, lejanas; pero sí sabe que no son inalcanzables.

No está en paz con su mente, con su cuerpo; no está en paz porque en sus ojos se ven brillar lágrimas que se van formando de a poco para después, quizás, no descender por sus mejillas. No. No caerán. En vez de recorrer sus mejillas, se hundirán en su interior y herirán algo más delicado: su espíritu.

El almanaque le informa que está respirando un miércoles quince de setiembre y la ventana semiabierta le muestra que no solo el techo de su habitación es gris. Siente frío porque está desnudo, desparramado en su cama, y recuerda esos momentos cálidos que algún día vivió, pero no en soledad.

Y ahora está solo, siempre mirando el techo con sus ojos marrones que no ven, con su mirada dirigida al pasado que espera recobrar, *¡pero cuándo!*, se grita a sí mismo sin escucharse. Gira en la cama y la almohada construye un muro impenetrable delante de sus ojos y lo obliga a suspirar profundamente sin tratar de hacer nada para romper dicho muro. Se relaja. Su brazo izquierdo cuelga al costado de su cama, sus piernas están separadas y la mosca se apoya sobre su espalda. Él está viajando por tiempos remotos y la almohada besa sus labios. El insecto recorre velozmente su espalda, sintiendo quizás el fuerte latido de su corazón. Abraza su almohada sin dejar de hundir la cabeza en ella y la acaricia. La mosca vuela violentamente hacia la ventana pero se estrella antes de llegar contra una ráfaga de viento que la hace retroceder.

Reacciona y ve la *Divina comedia* en el suelo, semiabierta y con un par de hojas dobladas. Afuera llueve y es de noche. Cierra la ventana y siente el zumbido de la mosca cerca suyo. Con una carpeta la aplasta contra la pared. Está entredormido. No sabe qué hora es. Piensa que durmió muchas horas y que no leyó nada. Acomoda un poco su escritorio y limpia el polvillo que hay sobre él. Abre una de las carpetas, enciende la luz y se sienta delante de ella, listo para internarse en la lectura. No entiende la letra, su propia letra, y suspira. Con sus manos refriega fuertemente sus ojos. Piensa en el tiempo, en el día que está viviendo, quince de

setiembre. Piensa en su soledad y mira el reloj despertador: ¡las dos y media de la tarde!

Apoya sus codos en el escritorio, su cabeza sobre sus manos y mira a través de la ventana: el sol brilla muy fuerte. Una mariposa se pasea entre los árboles.

Sonríe al pensar que a las dos de la tarde se había puesto a leer el libro de Dante sentado en la cama.

Pero sufre al sentir que su soledad no termina más.

TRES

NO HAY NADA QUE PUEDAS HACER...

QUERÉS RESISTIR...

*Jamás mi lengua podrá
espresar cuanto he sufrido;
en este encierro metido,
llaves, paredes, cerrojos
se graban tanto en los ojos
que uno los ve hasta dormido.*

Martín Fierro

A las cinco de la mañana sonó el despertador y lo hizo durante varios segundos hasta que un fuerte golpe lo hizo callar. El brazo quedó extendido sobre la mesa de luz y el cuerpo totalmente desparramado sobre la cama. En su mente se mezclaban el sueño y la realidad; un sueño indescifrable y una realidad temida. Poco a poco se fue despertando. Ya no recordaba si el sueño era hermoso u horrible. Se despabiló en un segundo luego de mirar el reloj despertador. La habitación estaba totalmente oscura y sentía frío. Todavía faltaba tiempo para que amaneciera. Entre penumbras manoteó la ropa que había dejado preparada la noche anterior: un pantalón de jean muy gastado, con parches en las piernas y sin ruedo; una camisa de grafa verde oliva; una campera de jean también bastante gastada y un par de alpargatas blancas con cordones. Se sentó en la cama y sin encender el velador comenzó a cambiarse. Era la peor ropa que poseía, la más vieja, la más desteñida, pero le gustaba usarla. Se sentía cómodo vistiendo su ropa harapienta... pero limpia. Tenía un sueño impresionante, apenas podía abrir los ojos todavía llenos de lagañas. Sus cabellos parecían regresar de una reciente batalla. Cuando se terminó de anudar la alpargata izquierda, se levantó y salió de la habitación. Toda su casa estaba en penumbras. Júpiter movía la cola desde el sillón del living que utilizaba como cucha, sin levantarse y apenas abriendo los ojos. Calentó el café y bebió en

silencio, no tenía con quién hablar. Al rato su padre se levantó y se dirigió a la cocina. Saludó a su hijo y se sirvió un vaso de agua.

—¿Estás listo?

—Tengo que ir al baño...

Terminó su café y leyó el diario del día anterior. Miró el reloj de pared de la cocina y le tembló el cuerpo. Sintió cómo los nervios lo invadían y su estómago crujía. No era hambre, eran nervios, eran ganas de descargar tensiones. Ya en el baño se lavó la cara, mojó sus cabellos y se peinó. A los dientes se los lavaría después, antes de salir. Se sentó en el inodoro y pensó en el futuro. Seguía estando nervioso pero ahora podía sentirse un poco más flojo. No quería que llegara la sexta hora del día, pero sabía que cada vez estaba más cerca. Encendió un cigarrillo y cerró los ojos. Se limitó a no pensar y a saborear el tabaco, con las manos sosteniendo su cabeza y los codos apoyados en sus piernas desnudas. Luego de terminar el cigarrillo y todos los actos correspondientes a la tarea llevada a cabo en el inodoro, salió del baño. Terminó de prepararse: buscó dos pañuelos, el documento, los cigarrillos y el dinero que le había dado su padre el día anterior. Miró las cuatro paredes de su pieza llenas de cuadros, su equipito de música, sus casetes, algunos libros apilados en una biblioteca y su cama. Su hermano mayor dormía como un tronco. Estuvo unos instantes inmóvil, con la vista fija en su cuarto; luego apagó la luz y se retiró.

—¡Papá! —gritó hacia alguna habitación de la casa, sin saber a cuál.

Su padre contestó desde el baño. Estaba inquieto y permanecía de pie en el living. Júpiter lo miraba entredormido desde el sillón. Eran las seis menos veinte; la hora clave se acercaba. Entró en la habitación de sus hermanas y las dos

dormían. De pronto escuchó la voz de su madre que lo llamaba desde su pieza. No contestó al llamado pero se dirigió hacia ella en silencio.

—¿Ya estás listo?

—Sí, ya estoy... Estoy esperando a papá.

—Escribinos apenas llegués.

—Sí, mamá, ya lo sé —contestó con un poco de nerviosismo—. Es la vigésima vez que me lo decís en estos últimos tres días...

—¿Llevás todo?

—Sí, mamá, sí.

—¿Te dio plata papá?

—Sí, mamá. Papá me dio plata, tengo todo listo, llevo pañuelos, voy a escribir, etcétera, etcétera... —contestó irónicamente a su madre como pidiéndole que ya no hiciera más preguntas.

—Bueno, bueno. No te pongás nervioso.

Su padre salió del baño y ya estaba listo para llevar a su hijo. Le dio un beso a su madre y ella lo abrazó. Su padre salió a poner en marcha el auto.

—Chau, mamá.

—Chau, cuidate... ¡y escribí apenas llegués!

—Sí, mamá —contestó ya riendo—. ¡Cortala! Dale saludos a los chicos.

Salió y cerró la pesada puerta de hierro un poco fuerte. Hizo un ruido familiar y sintió que por un tiempo lo extrañaría. En la calle flotaba la neblina y estaba fresco. Se abrochó la campera y se subió al Polara. El auto arrancó despacio y tironeando. El trayecto no era largo y ni su padre ni él pronunciaron una sola palabra. Al llegar a la intersección de avenida Freyre y Salta, su padre detuvo el

auto. Eran casi las seis. Se veían varios grupos de jóvenes esperando también allí la hora.

—¿Quieres más plata?

—No. ¿Para qué? —contestó con voz resignada.

—Por las dudas...

—No, dejá. Mirá si me la afanan... Con lo que tengo está bien.

No quería más dinero, pensaba que no le iba a hacer falta. No tendría en qué gastarlo y no quería pedirle inútilmente a su padre. *¿Para qué?*, se cuestionaba. No sabía el paraqué ni el porqué de todo eso que tenía que hacer, que vivir, que perder... Muchas veces había querido convencerse de que era necesario, de que sería interesante, de que valdría la pena tener la experiencia propia. Pero nunca había logrado convencerse, por más argumentos válidos que encontrara. Ahora, allí, minutos antes de la hora convenida, estaba convencido de que todo sería en vano.

—Bueno, chau —saludó a su padre dándole un beso en la mejilla.

—Chau... Pasala bien —contestó su padre aconsejándole y viéndolo irse, lentamente, con paso cansino, hasta mezclarse con los demás jóvenes que esperaban en el lugar.

Fue acercándose a la puerta de entrada, no veía a nadie conocido y cada vez se ponía más nervioso. El cielo empezaba a clarear. Ya eran las seis. Miraba las caras de sus actuales compañeros desconocidos y no podía entender por qué algunos reían y otros, serios, no expresaban nada en sus rostros. ¿Quién estaba en la situación justa? ¿Los que reían o los otros (entre los cuales se incluía)? Sacó un cigarrillo y lo encendió. Se quedó parado sin saber adónde ir ni qué hacer. Se sentó en el cordón de la calle y continuó fumando, esperando que las grandes puertas

verdes se abrieran. Ahora estaba impaciente y tenía ganas de entrar de una vez por todas, le fastidiaba la idea de esperar, quería que todo pasara rápidamente. En el justo instante en que acababa su cigarrillo, lo golpearon en la espalda. No quiso pensar nada y se dio vuelta lentamente. ¿Quién sería el boludo? Pero una sonrisa brotó en su rostro al ver que eran algunos de sus amigos que corrían la misma suerte que él. Sus compañeros de la secundaria, sus amigos del barrio. Se sintió un poco mejor y sus nervios se fueron yendo de a poco. Al rato de estar con ellos comprendió el porqué de las sonrisas de aquellos que minutos antes había observado, sin entenderlos. Ahora tenía con quien compartir su tristeza, su amargura de estar allí esperando algo que él no había deseado. A las seis y diez se abrieron las puertas y el silencio invadió la calle. Todos los que afuera esperaban dirigieron la vista hacia la entrada y muy pocos abrieron sus bocas para hacer algún comentario. A los pocos minutos se vieron todos formados en filas de *cinco de frente*. Se miraron sin entender nada. Luego se vieron sentados en un galpón, todos juntos, cerca de mil jóvenes de todas las clases y colores. Todo ocurría inesperadamente, no alcanzaban a comprender del todo esos instantes nunca vividos. Al advertir que ya no poseían nombre sino que pasaban a ser un mísero número, él se preocupó. *Ahora soy el 213*, se decía, y, sinceramente, estaba totalmente decepcionado. Pasaron todo el día en ese sitio extraño. Estaba cansado y su trasero duro de estar permanentemente sentado en el piso. Comprendió que el dinero le haría falta. Le dieron de comer una miseria y luego vendían sandwiches y gaseosas, más caros que en la mejor confitería de Santa Fe. Todo le parecía extraño; preguntas idiotas, inútiles, gritos injustificados, indicaciones y advertencias. A las cinco de la tarde los hicieron formar nuevamente. Se dirigieron a la vieja estación de trenes General Mitre

caminando por las calles de la ciudad. Se sintió estúpido al verse mirado por la gente que desde las puertas de sus casas los señalaba y hacía quién sabe qué comentario barato de barrio. Fueron varias cuadras que caminaron en silencio, sin poder hablar. Iba pensando a qué lugar irían a parar, en dónde tendrían que vivir la vida estúpida que le impondrían. Algunos de sus amigos iban a su lado pero no hablaban. Mejor dicho, no podían hablar; había quien no los dejaba.

Subieron corriendo a los vagones del tren. A los apurones fueron ocupando las butacas viejas y rotas. No sabían adónde se dirigían; estaban en silencio, nerviosos; algunos contentos, otros preocupados. Él se apuró para ocupar la butaca del lado de la ventanilla. La abrió y vio cómo todavía cientos de compañeros estaban subiendo al tren. En poco tiempo el andén quedó vacío. Solamente una perra con dos cachorros rompían la inmovilidad del lugar. Murmullos lejanos empezaron a escucharse. En el vagón poco a poco habían empezado a dar opiniones y a hacer comentarios infundados. Encendió un cigarrillo con nerviosismo. Un compañero le pidió uno. Otro compañero también... y otro. Y fueron más de diez los que fumaron sus cigarrillos. Se resignó y convidó todos los que le quedaban. Parecía que nadie tenía un solo cigarrillo. O que a todos se le había dado por fumar aunque nunca en su vida lo hubiesen hecho. Lo cierto es que no tenía más para el viaje. El murmullo que segundos antes había escuchado afuera se convirtió en griterío, corridas, idas y venidas. Nuevamente el andén estaba colmado, pero ahora de hombres y mujeres, niñas y niños. La perra se alejó del tumulto corriendo con sus dos cachorros por las vías vacías. La gente se aproximó al tren, a las ventanillas. Muchos de sus compañeros reconocieron a sus familiares. Él no encontraba a nadie conocido. Buscó desesperadamente entre la multitud hasta que vio a sus padres.

Por suerte le habían llevado cigarrillos. También chocolates y otras golosinas. Su madre lagrimeaba y él la consolaba explicándole que no se iba a la guerra, y por unos segundos dudó de sus palabras. En octubre de 1982 la guerra de Malvinas todavía estaba muy presente en la castigada mente de los argentinos. Su padre estaba serio, cosa inusual en él. Quizás estaba recordando que él también un día, cuatro décadas atrás, se había marchado de su casa sin querer, al igual que hoy lo hacía su hijo. El tren pronto partiría hacia lo desconocido. La gente se seguía despidiendo, seguía riendo, seguía llorando, seguía gritando, y algunos todavía seguían buscando a sus seres queridos sin éxito. El guarda hizo escuchar el silbato. Se escucharon también algunos gritos y el tren comenzó su marcha lentamente, a paso de hombre. Las manos se estrecharon, las caras se juntaron en un beso. Un hombre vestido de negro agitaba un papel con su mano al final del andén. Él lo vio justo cuando se despedía de sus padres. El tren seguía avanzando lentamente y poco a poco la gente iba quedando estática en el andén, saludando con sus manos en alto. Siguió observando al misterioso hombre vestido de negro y le pareció que estaba ofreciendo ese papel al que quisiera agarrarlo. Nadie lo hacía, todos lo miraban y saludaban, pero el hombre estaba serio, no contestaba a los saludos y seguía ofreciendo el papel. Cuando el vagón en el que él viajaba se fue acercando a aquel hombre, decidió tomar el papel; se asomó por la ventanilla y, cuando lo tuvo al alcance de sus manos, lo tomó. Miró al hombre misterioso y vio que sonreía. El tren seguía su paso lento. Se sentó y leyó el papel:

Ellos te alimentan con las sobras y con mentiras... Ellos te meten en una caja en la que nadie te puede oír, pero deja que

tu espíritu se mantenga entero... Ellos te llevan hasta tus límites, te llevan más allá de ellos... Te dicen cómo comportarte... No hay nada que puedas hacer... Querés resistir. Ellos tratan de volverte loco, sacarte fuera de tu cabeza... Ellos no ven el camino hacia la libertad que construís con carne y hueso... Encarás la noche, solo, mientras los constructores de la caja duermen con barras y piedras...

Peter Gabriel

Se asomó luego por la ventanilla, miró hacia atrás, hacia el andén, y ya no divisó al misterioso hombre ni a sus padres. El andén era un punto en el horizonte que ahora formaba parte de su pasado.

CUATRO

DESTINO Y COMPRENSIÓN

*Hijas, esposas, hermanas,
cuantas quieren a un varón
díganles que esa prisión
es un infierno temido
donde no se oye más ruido
que el latir del corazón.*

Martín Fierro

El tren había llegado hacía quince minutos y ya estaban todos bien formados en el andén. Habían estado un mes en el Centro de Incorporación de conscriptos de Infantería de Marina, el llamado *infierno verde*, un *sinfín* de campo dedicado a la instrucción inicial de los conscriptos. Después de eso ya sabían lo que les esperaba durante los otros trece meses. El síntoma más grave era la soledad. Estaban lejos de su familia, de sus amigos y apenas se conocían entre ellos. Él se sentía mal entre saltos, corridas y gritos. Él, que antes de dar un paso siempre se tomaba su tiempo para meditar para qué lo iba a dar, ahora corría y hacía mil cosas a la vez, en pocos segundos. De nada servía pensar... *Acá, ahora estoy acá, y me encuentro solo. Acá estoy aprendiendo a esperar, esperar pacientemente; y me gusta esperar porque sé que algún día voy a salir*, le escribía en una carta a un amigo.

Habían llegado a la Base Naval Puerto Belgrano pero ése no era su destino. Lo habían destinado a la Base de Infantería de Marina Baterías, unos cuantos kilómetros más adelante. Cuando llegaron, el lugar no le disgustó. Era una pequeña ciudad bien arreglada y con muchos árboles. Pero no se veía otra gente que la que ya estaba cansado de ver: conscriptos y militares. Pronto se dio cuenta de que esa pequeña ciudad bien arregladita a la que había llegado no era otra cosa que un infierno más al que había descendido vestido de verde camuflado.

Al llegar a la Base se encontraron con otro grupo de conscriptos, pero éstos ya estaban vestidos con ropa de gente normal. Ellos llegaban serios, cansados y con miedo a un lugar en el que ni sabían quién mandaba. Los otros se iban, habían cumplido ya con sus catorce meses y la alegría les brotaba de sus gestos. Se escucharon risas, burlas y un coro que no entendían: *cola-cola-cola*. Los recién llegados sintieron bronca y envidia a la vez. Bronca por esas burlas absurdas que les hacían los que se iban, que seguramente también habían sido burlados cuando recién llegaron a ese lugar, y no se daban cuenta de que mientras ellos pasaron catorce meses ahí adentro, sufriendo, llorando, quizás muchos eran sobrevivientes de Malvinas, los que recién llegaban habían estado tranquilamente en sus casas. Pero esa actitud es muy comprensible cuando una persona vuelve a sentirse libre luego de pasar un tiempo oprimida sin poder defenderse. Se necesita descargar tensiones después de un tiempo en que solamente los nervios se acumulan al cuerpo. Actitud comprensible... Cualquier actitud o cosa es comprensible ahí adentro, donde nada se comprende.

CINCO

GUARDIA IMAGINARIA

*Ningún consuelo penetra
detrás de aquellas murallas,
el varón de más agallas,
aunque más duro que un perno,
metido en aquel infierno
sufre, gime, llora y calla.*

Martín Fierro

Eran las dos de la mañana y se sentía mal. Quería dormir y no podía hacerlo. Parado, caminando por los pasillos, pensaba en cómo matar el tiempo. Le molestaba el casco blanco sobre su cabeza húmeda de transpiración. De su cintura colgaba un duro bastón de goma que debería usar en caso de indisciplina. Él sabía muy bien que jamás lo haría. ¿Qué hacer? Todos dormían. ¿Con quién hablar? ¿Cómo matar el aburrimiento a esa hora de la noche? Se dirigió hasta la cama del sanjuanino Chirino casi sin hacer ruido.

—Camilo... Camilo... —susurraba mientras sacudía suavemente el cuerpo dormido—. Che, Camilo, despertate.

—¿Eh? ¿Quién es?

—Yo, loco. Prestame la radio, porque si no me duermo.

Camilo lo miró seriamente tratando de despertarse.

—¡La puta madre! ¿No había otro a quien pedírsela?

—¡Dale, che! Si es por las pilas, te las pago...

—No, no es eso... ¡Estoy durmiendo! ¿No ves?

—Sí, veo...

—¿No me digás que estás de imaginaria? —preguntó Camilo largando una carcajada que se confundía con un bostezo.

—Sí, loco. Estoy cuidando que el enemigo no ataque la cuadra y nos afane las botas. Dicen estos milicos que los ingleses acostumbran a atacar por la

noche y se ponen de acuerdo con la guerrilla armada para hacerlo sorpresivamente —dijo irónicamente—. Y parece que buscan a los sanjuaninos putos...

—Ay, entonces cuidame mucho, mucho, mucho... —afeminó la voz.

Un chistido se escuchó en el fondo de la cuadra. Camilo, entredormido y de mal humor, abrió la taquilla y tomando la radio portátil, se la dio a su compañero.

—Tomá y dejame de romper las bolas.

Cuando el imaginaria le quiso dar las gracias, Camilo ya estaba dormido. Encendió la radio y se sorprendió al escuchar un tema de Sui Géneris. Será algún jovato romántico, se dijo pensando en el conductor del programa. Caminaba incesantemente para no dormirse, sólo tenía que esperar hasta las cuatro y lo relevarían. Fue al baño y se sacó el casco. El calor era sofocante. Diciembre se estaba yendo y se despedía calurosamente.

Abrió una canilla y puso su cabeza debajo del chorro de agua fría. Pensó que así se despabilaría un poco. Se peinó los pocos pelos que tenía y volvió a andar por los oscuros pasillos.

¿Qué harán mis amigos en Santa Fe?, pensaba. Deben estar de joda... Aunque allá a esta hora debe estar casi todo muerto, ni un alma en la calle... pero cómo me gustaría estar con ellos...

Sostenía la radio pegada a su oreja izquierda, mientras que con la mano derecha jugaba con el bastón de goma. Sus piernas estaban cansadas y el sueño no se iba. Estaba contento porque por la radio pasaban la música que a él le gustaba, esa música que le traía recuerdos de mates siesteros y reuniones nocturnas en la casa de alguna amiga. Recuerdos con los que viajaba a cientos de kilómetros con un abrir y cerrar de ojos, recuerdos que no eran suficientes como para alejar el sueño.

Se sentó en una de las tantas camas vacías que había en ese oscuro lugar y, apoyando su codo derecho sobre su pierna, recostó su cabeza en su mano extendida. *No me tengo que dormir*, pensó. Eran las tres y media de la mañana, media hora más y lo reemplazarían. La música se mezclaba en su mente con los recuerdos pasados, haciendo un solo sueño, sueño hermoso, loco, destructor...

Viajó sin darse cuenta por espacios infinitos. Corría por el aire y daba vueltas sintiendo nuevamente en él su castrada libertad. De pronto se encontró parado sobre una calle de adoquines y no vio a nadie, estaba completamente solo. Quería gritar pero pensó que era totalmente inútil, nadie lo escucharía, nadie acudiría a su llamado. La calle era larga, no podía divisar el final de la misma ya que el mismo horizonte la cortaba. Caminaba lentamente buscando un lugar adonde ir. A los costados de la calle sólo se levantaban dos muros inmensos y no vio otra salida que seguir caminando. Luego de varios minutos de andar, el paisaje no variaba: dos muros enormes y la calle sin fin. Entró a inquietarse y caminó más rápido, cada vez más hasta llegar a correr como un loco, desesperadamente. Era para él como estar corriendo sobre una esfera gigantesca, a la que hacía rodar sin avanzar, como lo hacen los osos en el circo sobre una pelota o sobre un gran cilindro acostado. Sin saber en qué momento ni por qué, se vio tirado en el suelo, dolorido y ensangrentado, sus piernas débiles le temblaban, sus ojos mirando hacia arriba se extraviaban, su boca sonreía y sentía cómo todo su ser se iba. Vio una luz. Una luz cegadora frente a sus ojos, insoportablemente poderosa, que no lo dejaba ver qué pasaba. Al fin pudo divisar imágenes oscuras, indescifrables. Miró su cuerpo y no sangraba, estaba sentado sobre una cama, con la radio apretada en su oreja izquierda, su casco puesto y el bastón de goma tirado en el piso.

Ya no soñaba, ya no dormía. Una luz maligna lo había despertado. Tardó algunos segundos en reaccionar. Se paró y pensó en lo peor. Una sombra se alejaba por el pasillo con una linterna en la mano... y lo había descubierto durmiendo. Casi con rabia pensó que sólo faltaban seis días para la Navidad y que tenía que viajar a su ciudad. Hizo fuerzas inhumanas para no dejar escapar una lágrima y maldijo la hora en que se había quedado dormido. Apagó la radio y la escondió debajo de un colchón. Luego se acomodó el uniforme y se quedó parado, inmóvil, esperando el regreso de la sombra.

Nuevamente vio la luz en el fondo del pasillo. Se aproximaba el momento que él no hubiese querido vivir nunca. *Quiero irme a Santa Fe*, se decía en silencio. Rogaba para que la sombra pasara de largo, para que lo ignorara, pero sabía que no sería así. Cuando la sombra estuvo cerca, la identificó. Era un hombre alto, canoso y delgado. En su brazo brillaba un brazalete rojo que lo identificaba como suboficial de guardia. Él seguía inmóvil, ahora en posición de firme y saludó a su superior militarmente.

—¡Buenas noches, suboficial! —dijo con voz fuerte y segura.

En suboficial se detuvo frente a él y lo miró, serio y aterrador. Estuvieron mirándose tres o cuatro segundos. Sólo se escucharon ronquidos lejanos y el ruido de las ramas de un árbol que golpeaban una ventana. Eran las tres y cuarenta y cinco, quince minutos antes del relevo. El suboficial no contestó el saludo y con voz ronca exclamó:

—¡Treinta días!

SEIS

¡FELIZ NAVIDAD!

*Aquel que ha vivido libre
de cruzar por donde quiera,
se aflige y se desespera
de encontrarse allí cautivo;
es un tormento muy vivo
que abate la alma mas fiera.*

Martín Fierro

Hermanos: nadie está aquí presente en vano. El Señor, como siempre, nos reunió una vez más en su casa para brindarnos su amor. Y hoy es un día muy especial para nosotros, los cristianos. Esta noche nuevamente nacerá Jesús en cada uno de los hombres que habitan el mundo, fieles o no, creyentes o ateos. Hoy es Nochebuena y mañana, Navidad. Muchos de ustedes están lejos de su ciudad, muchos de ustedes sufren por no poder estar hoy con sus familias, con sus amigos o con su novia... Pero no es razón para ponerse tristes, el Señor los acompaña...

La noche estaba llegando lentamente y el cielo de a poco iba tomando un color negruzco. Empezaban a brillar las primeras estrellas. La luna, todavía opaca, dejaba ver su bello cuerpo ovoidal allá, en el sur celestial. El día había sido pesado para todos los allí presentes, en esa misa improvisada al aire libre pero con un lujoso altar. No todos estaban con el mismo estado de ánimo. Algunos sonreían, otros permanecían serios, otros, sin ganas, observaban al sacerdote sin prestarle atención.

Tienen que tener en cuenta, hermanos, que no están aquí sin razón; están prestando un servicio valiosísimo, que no muchos tienen el orgullo de hacerlo. Hoy les toca a ustedes servir a la Patria lejos de sus hogares en el día de Navidad. Algunos quizás esta noche, cuando sean las doce, estarán sosteniendo el fusil; otros, quizás, estén durmiendo. Pero háganlo con la frente alta, siéntanse orgullosos de ustedes mismos al pensar que aquí adentro están defendiendo la soberanía de

nuestra tierra, de nuestra hermosa tierra argentina que hoy, terminando el año 1982, vive una época de paz y bienaventuranza gracias a estos años de reconstrucción que nuestro actual gobierno supo conseguir, combatiendo las fuerzas del mal con ahínco, fortaleza y justicia...

Todos sabían que debajo de esa sotana verde, sobre esos hombros de sacerdote, se escondían jinetas que lo identificaban como Capitán de Fragata. Todos, oficiales, suboficiales y conscriptos, todos sabían que era un cura militar, que hoy trataba de hablar en nombre de Dios; que hoy trataba de festejar una Navidad diferente para muchos, habitual para otros; que trataba de hacer florecer esperanza en corazones que sólo latían porque sus organismos lo disponían.

Piensen que hoy sus padres estarán orgullosos de ustedes; sí, de ustedes, sus hijos que aquí están cumpliendo con una ley nacional. Orgullosas deben estar sus amigas o novias, al sentirlos cerca, espiritualmente cerca. Orgullosos sus hermanos, entrañables hermanos que seguramente hoy rezarán una oración al Señor por ustedes. Orgullosos todos los seres queridos que hoy al levantar sus copas a las doce de la noche, brindarán con felicidad por cada uno de ustedes, por cada uno de sus hijos, novios, hermanos que no están presentes. Y por sobre todas las cosas, los que tienen que estar orgullosos son ustedes mismos, hermanos. Ustedes que con gran hombría pueden sobrellevar el dolor de la distancia, y que con esa misma hombría tienen el valor de cuidar y defender a su querida Patria, tal como lo hicieron otros hijos y hermanos en Malvinas no hace mucho...

Muchos se miraron seriamente, sin pronunciar una sola palabra. Sus gestos expresaban lo suficiente como para saber y comprender lo que pensaban.

Muchos de los presentes habrán pensado en sus familias, en las doce de la noche, en una copa de cristal con espumante sidra fría. Seguramente alguno, para no dejar caer una lágrima por su mejilla, tuvo que hacer un gran esfuerzo interior; no se podía llorar en público, las risas se desatarían indudablemente al ver esa lágrima recorrer lentamente el rostro frío de algunos de los presentes.

Hoy, hermanos, tenemos que hacer fuerza todos juntos para que éste, nuestro gran país, siga avanzando como lo viene haciendo hacia el mañana que todos esperamos, un mañana de paz y felicidad. Hoy, hermanos, tenemos que pensar que el futuro es nuestro y que mientras sigamos aplicando nuestros ideales en forma digna y justa, seguramente lograremos salir adelante. Hoy pediremos al Señor por nuestras familias, por nuestros amigos, por todo el mundo, para que esta Navidad llegue a todos los hogares con el amor, con la prosperidad y con la fe que la caracteriza. Hoy pediremos por nuestros difuntos, por su esperanza en la resurrección. No nos podemos olvidar de nuestros hermanos que, con gran valor, defendieron la soberanía de nuestras islas, y que hoy descansan en el sueño eterno bajo la tierra fría de nuestra Patria. Como así tampoco debemos olvidarnos de todos nuestros hermanos que cayeron en la lucha contra el terrorismo satánico que se implantó en Argentina, a la que quisieron destruir inculcando ideas contrarias a la moral e ideología cristiana, ideas de una izquierda que lucha para lograr la deshumanización del hombre en nombre de quién sabe qué objetivo oscuro y maligno que desean imponer. Hermanos, agradezcamos al Señor por esta vida tan hermosa que nos ha brindado, por este pueblo argentino orgulloso de su país, por esta nueva Navidad que Él quiso que pasemos aquí, lejos de los nuestros; por su gran misericordia y su eterno perdón...

Ya estaba oscuro totalmente. La noche había llegado. Las estrellas eran innumerables y la luna ahora brillaba fantásticamente en lo alto. Una brisa fría corrió por los cuerpos inmóviles de los concurrentes a misa. A trescientos metros de allí, el mar llegaba manso a las playas vírgenes de un lugar extraño. A lo lejos se divisaban tres o cuatro buques inmóviles, con sus luces encendidas, brillantes y pequeñas. La iluminación artificial apenas alcanzaba para ver no más allá del altar.

No olvidemos, hermanos, que el Señor es sabio y todopoderoso. Cada uno tiene justificada la existencia y cada uno de nosotros está aquí porque Él lo quiso. Les pido que piensen en sus futuros hijos (Yo ya tengo dos —pensó uno de los colimbas), piensen cuando les cuenten sus experiencias vividas aquí, en el servicio militar. ¡Cuántas anécdotas para contar! Piensen en el entusiasmo con que sus hijos escucharán sus relatos. Piensen que quizás el día de mañana les tocará a ellos estar en el lugar en que ahora están ustedes (¡La boca se te haga a un lado y se te llene de mierda! —pensó otro). Hermanos, las Fuerzas Armadas de la Nación están orgullosas de ustedes, de todos los ciudadanos argentinos que con orgullo cumplen con su obligación. Gracias a ustedes hoy el país puede seguir luchando por sus derechos... Hermanos, ha llegado el momento de marchar. Espero que pasen una Navidad feliz a pesar de la distancia. Recuerden: el Señor está con nosotros en cada momento, sea bueno o malo... Hermanos, el Señor esté con vosotros (Y con tu espíritu). En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Amén). Hermanos, podéis ir en paz (Demos gracias al Señor).

El murmullo comenzó de a poco a flotar en el aire hasta que se hizo una conversación en voz normal y confundida. Comentarios y opiniones comenzaron a pasar de boca en boca. Un leve desorden se notó en la formación. Los gritos se

precipitaron: *¡Atención!* La inmovilidad fue instantánea; salvo los oficiales y suboficiales, todos permanecieron quietos y en silencio. *¡A formar!* La rapidez de los conscriptos no dejaba divisar perfectamente el movimiento de sus botas. *¡Fir - mes!* Ya estaban todos en perfecta formación, respondiendo como títeres a la voz de mando. Irían a cenar (¿pollo al horno con papas?, ¿cerdo asado?, ¿ensalada rusa?, ¿vino blanco?). A las doce quizás algunos estarían durmiendo y otros despiertos con un fusil al hombro. *¡De frente... mar!* El golpe de las botas contra el piso fue rotundo y uniforme, como máquinas marcaban el paso los conscriptos rumbo al comedor. *¡Izquier, dos, tres, cuatro, izquierda, derecha, izquierda!* Todos callados, vista al frente, sacando pecho, moviendo rítmicamente el brazo derecho y la mano hacia la hebilla, e inmóvil el izquierdo tomado del cinto de combate. Uno de los conscriptos pensó en su familia, en sus amigos. Miró el cielo estrellado y vio la luna enorme e implacable. Miró a sus compañeros y volvió la vista al mar. *¿Demos gracias al Señor?*, se preguntó.

SIETE

AÑO NUEVO...

¿VIDA NUEVA?

***Sin poder decir palabra
sufre en silencio sus males
y uno en condiciones tales
se convierte en animal,
privado del don principal
que Dios hizo a los mortales.***

Martín Fierro

Estaba sentado en una de las sillas de la oficina con los pies apoyados sobre el escritorio, fumaba un cigarrillo y sostenía en su mano derecha la planilla de castigos. Estaba solo, la puerta cerrada con llaves, las persianas bajas, bien cerradas, y la luz apagada. Afuera se escuchaban voces y pasos pesados; las voces de siempre, los pasos de siempre. El día estaba terminando pero él no podía observar cómo, muy lentamente, la tarde se iba apagando. Ahí, entre cuatro frías paredes y debajo de un techo, él apenas divisaba las máquinas de escribir y el archivo; ni siquiera podía leer los nombres de los desertores que figuraban en un gran cuadro de vidrio, colgado de la pared que estaba frente a él. Hacía varias horas que se había autoaislado en la oficina para estar así, solo, pensando y en silencio. Siempre había buscado la soledad. En ese lugar no había encontrado a nadie que fuera como él. Estaba tan solo en ese momento como cuando estaba reunido con sus ocasionales compañeros. No quería pensar absolutamente en nada, pero ese papel que contenía su propio castigo lo hacía pensar en el porqué, en lo absurdo de todo lo que ahí decía. Leyó mil veces su apellido mal escrito, otras mil leyó la causa del castigo y muchas veces más leyó los treinta días que noches atrás había escuchado en boca de un sucio suboficial y que todavía hacía latir su corazón aceleradamente. Habían pasado varios días desde aquel grito que ahora se había transformado en palabras escritas, imborrables palabras visadas por firmas de

nombres con autoridad, por un rengo guardiamarina retirado y por un gorila teniente de navío con cara de perro y cuerpo de oso, una pinturita de ser humano. Pero no quiso pensar en ellos, ni en esa maldita planilla, ni en ese indeseable lugar donde se encontraba. Ahora su mente se ocupaba de otras personas, de otros lugares, de recuerdos gratos, de sonrisas sinceras, de manos amigas, de palabras dulces. Ya no le preocupaba escuchar a lo lejos, fuera de la oficina, gritos sin sentido; ya no le prestaba atención al ruido de las pesadas botas que al lado de la ventana se escuchaba. ¡Qué mierda le importaba a él el presente! Él sólo quería viajar a través del tiempo y del espacio, y el único vehículo que poseía era su mente. Cerraba sus ojos, anulaba su audición y se iba. Sonreía al verse donde realmente quería estar. Una pitada de su cigarrillo era un recuerdo de las siestas materas que compartía con su inseparable amigo Daniel; el tarareo de una canción le recordaba noches vividas con sus amigos y amigas sobre la alfombra de algún living. Con un suspiro traía a su mente miles de suspiros emitidos por alguna amiga querida cerca de sus oídos. Pero con el solo abrir y cerrar de ojos volvía a esa oscura oficina, a esa vida absurda de la cual él escapaba cuando podía.

Soy un desertor en sueños, decía en voz baja como si estuviera hablando con alguien. *Pero no tengo los huevos suficientes como para irme como hicieron ellos*, protestaba al mirar el cuadro de vidrio que pendía de la pared con la nómina de los desertores de la Base.

Se seguían escuchando los gritos y eran cada vez más frecuentes. El movimiento en la Base crecía a medida que la noche se acercaba. De pronto escuchó pasos cerca de la puerta y a través del vidrio opaco vio una sombra que se aproximaba. Se quedó quieto en la silla sin hacer ruido. Escondió el cigarrillo porque

desde afuera podría verse la brasa encendida. Escuchó cinco golpes secos y suaves en la puerta, hubo una pausa y escuchó dos golpes más. Se tranquilizó al reconocer la contraseña. Vio cómo la sombra se alejó y terminó de fumar el cigarrillo. El mensaje significaba que tenía que salir de ahí. La hora de formación se acercaba y tenían que concurrir a la misa preparada en medio de la Plaza de Armas. No podía soportar tanta burla. Nuevamente tendría que escuchar las palabras de ese milico idiota que decía hablar en nombre de Dios. *¿Qué dios?*, le había preguntado con bronca a un compañero en una discusión sobre la misma Navidad. *Ellos deben tener un dios aparte*, argumentaba con más bronca. No quería salir de su escondite, no quería volver a ser uno más en el montón, uno más disfrazado de verde, uno más manejado por la ignorancia de personas que poseían una tirita en el brazo que los identificaba como superiores. *¿Superiores de quién? ¿Superiores en qué?*

Al salir y cerrar la puerta de la oficina comprobó que ya era de noche. Pocas horas faltaban para que culminara el año, ese 1982 que había venido con cara de muerte. Esa muerte que el cura capitán de fragata se encargaría de recordar en su invariable sermón minutos más tarde, bajo el cielo estrellado del último día de diciembre. Respiró el aire fresco proveniente del mar y no supo si se sintió mejor o peor. Con las manos en los bolsillos y cabizbajo, caminó lentamente hacia la Plaza de Armas a incorporarse a la formación. Luego de unos cuantos gritos vio llegar al cura sonriente y disfrazado con una sotana verde...

Bostezó profundamente. Hacía calor y algunas moscas lo molestaban constantemente al posarse en sus piernas desnudas. La luz todavía estaba prendida y sus compañeros, con mucho bullicio, terminaban de acostarse. Estaba tendido

sobre su cama boca arriba, con las manos en la nuca, las piernas extendidas y destapado totalmente. El techo era tan insignificante como la vida que estaba viviendo en esos momentos. Todavía no había terminado el año, eran las once de la noche y ya estaban acostados. La misa había sido tremendamente pesada, tan estúpida como la que había escuchado el veinticuatro a la noche, pero esta vez no le había prestado demasiada atención. La cena había sido rápida. Menú especial: ensalada rusa con mortadela, pollo y de postre, pan dulce con sidra. Una cena inusual donde todos —incluido él— habían descargado tensiones. Cantos, golpes de jarros contra la mesa, corchos de sidra volando de mesa en mesa. Hasta unos cuantos pedazos de pan dulce conocieron el don de volar. Nadie dijo nada. No se escucharon gritos pidiendo orden. Él vio cómo el subjefe de la Base, capitán de fragata él, con cara muy familiar, hizo el brindis de fin de año. El subjefe levantó su copa de cristal y los conscriptos sus jarros de aluminio que segundos antes se habían llenado de sidra.

Eran las once de la noche y ya estaba acostado. El año nuevo se hacía esperar. Cuando apagaron todas las luces suspiró profundamente. *Hasta el año que viene*, se autosaludó. Cerró los ojos y se dispuso a escapar nuevamente de ese lugar.

—Che, loco, despertate...

—¿Eh?

—Despertate... Ya son las doce.

—La puta madre...

Con estas tres palabras dio la bienvenida a un nuevo año en su vida. Había dormido apenas una hora y el año nuevo lo sorprendía ahora despierto.

—¡Feliz año nuevo! —le deseó su compañero.

—Gracias —contestó de mal humor—. Ah, igualmente —dijo más cordialmente al pensar en un segundo que ese colimba, compañero de desventuras, había sido el primero que lo había saludado en 1983.

Su compañero sonrió porque lo comprendía. Comprendía la bronca que él sentía al tener que empezar el año, justo a la hora de las sirenas que no se escuchaban, con el bastón de goma nuevamente en su cintura, el casco blanco sobre su cabeza y el miedo de volver a quedarse dormido. Fue al baño, se lavó la cara, mojó su cabeza, encendió un cigarrillo y lo fumó tranquilamente. No quería permanecer allí encerrado y salió al aire libre. Afuera todo estaba tranquilo y oscuro. Se sentó en el piso y apoyó su espalda contra una pared. Trajo a su mente la cena de horas atrás, la alegría nerviosa que él y sus compañeros habían manifestado, las caras de sus superiores tomando sidra en copas de cristal, la ausencia inesperada del cura capellán... Todo le parecía una farsa. Miró su reloj: habían pasado veinte minutos desde el comienzo de 1983. Pensó en su familia, en sus amigos.

—¡Me cago en el nuevo año! —murmuró pensando que todavía tendría que estar once meses más lejos de Santa Fe.

OCHO

SIN SALIDA

*No es en grillo ni en cadenas
en lo que usted penará,
sino en una soledá
y un silencio tan profundo
que parece que en el mundo
es el único que está.*

Martín Fierro

Las manos fijas en la nuca. La vista dirigida al cielo celeste, limpio de nubes. Abajo, en el verde mar tranquilo, algunos buques varados esperan la entrada al puerto cercano. Su cuerpo, ahora relajado, descansa sobre la tierra arenosa y húmeda, bajo enormes eucaliptus parecidos a guardianes gigantes. Sólo escucha el ruido de las ramas y hojas movidas por el viento. Respira el aire puro, tranquilo, solo. Su mente vuela e inventa nubes que no existen. El silencio es total, el viento ha cesado, la paz es infinita.

Nunca pensé llegar a este momento, un momento largo, interminable, difícil, desperdiciado. Un tiempo que se va, irrecuperable. Estoy lejos de todos, cerca de nadie. Tiempo de sol, como el de hoy; de lunas, a veces de lluvias. Tiempo de tristezas y amarguras. ¿Para qué? Sí... Son experiencias, enseñanzas, pero ¿qué aprendo? Injusticias, pisoteadas... Soy lo peor, no soy un hombre, soy un muñeco, un estúpido títere. ¿Quién implanta las leyes estúpidas? ¿Quién habla estupideces? ¿Quién tiene actitudes inverosímiles? No, no soy yo...

Encoge las piernas que hasta recién tenía tendidas. Mira pensativo el lento descenso de una hoja desprendida de su rama natal. No escucha nada, absolutamente nada. La naturaleza está como muerta. El sol brilla espléndidamente. La temperatura es ideal, sin embargo se sorprende al no ver un solo pájaro, al no oír

el dulce canto de alguna calandria o el simple chillido de alguna gaviota. Sus ojos se cierran.

Nadie me dijo que soy un hombre más. Nadie me dijo que soy libre. Nadie me dijo que viva tranquilo. ¿Por qué? ¿Por qué me quieren domesticar? ¿Por qué me hacen sentir inferior? ¿Por qué me atan a una vida sin sentido? ¿Por qué mierda estoy nervioso?... Yo, nervioso... ¡Jamás había estado nervioso!

Una hormiga lleva lentamente sobre su cuerpo una abeja muerta; atrás, otra la sigue con restos de comida; atrás, otra y otra y otra; un verdadero desfile. Una hilera mecánica que se dirige al hormiguero. Todas juntas al compás. Un mosquito se posa sobre su cara, lo mata de una palmada y el desgraciado insecto cae al piso. Una hormiga sin trabajo se le acerca, lo estudia y luego lo transporta hasta la perfecta formación que componen sus compañeras. Se integra y también ella se encamina al hormiguero. Animales que trabajan como máquinas, como pequeños muñecos electrónicos programados... *Parecidos a nosotros*, piensa. Enciende un cigarrillo. Se sienta ahora y apoya sus espaldas contra el grueso tronco del eucaliptus. Aspira placenteramente el humo y luego de tragarlo lo despide por su nariz, lenta y pausadamente.

Me quieren "hacer" hombre. ¿Y qué carajo soy? Me da risa. Quieren que sea duro, con corazón de piedra. ¡Con corazón de piedra! ¿Acaso existen los hombres con corazón de piedra? No, no... Un hombre así no puede existir, no sería un hombre, pasaría a ser un ente con vida, una vida inútil, sin paz, sin amor, sin un solo sentimiento... Y un hombre sin sentimientos está muerto, sin vida, solo y triste, atormentado. ¿O llorar no es también cosa de hombres? ¿Hay algún hombre que no

haya llorado? Los hombres sin lágrimas no existen; lágrimas —visibles o invisibles— siempre hay. Los hombres sin lágrimas están muertos.

Sintió un escalofrío. Luego se dio cuenta de que no era más que rabia. Sentía odio. No entendía el porqué de su situación actual. Quería saber por qué estaba vestido tan ridículamente. Quería entender pero no podía. No podía quedarse tranquilo. Su cigarrillo se terminó rápidamente y encendió otro enseguida. Cruzó sus piernas, inclinó su cuerpo hacia adelante hasta apoyar su cabeza en una de sus rodillas. Le hacía mal estar solo, pensar sin poder hablar. Quería gritar pero se sentía sin fuerzas, sin ánimos. Le dolía la distancia, le dolían las noches y los días, le dolía el cuerpo, le dolía el alma...

Ellos pueden dominarme, manejar mi cuerpo, indicar mis movimientos, sacarme la libertad corporal, física. Pero nunca podrán privarme de mis pensamientos, nunca podrán manejar mi mente, jamás se apoderarán de mi alma. Lo mío es un período de sufrimiento en mi vida, apenas unos meses, un año o un poco más. Pero ellos sufren y sufrirán hasta el último momento de sus vidas. Por ser lo que son no tendrían que vivir en la tierra entre los hombres de bien. Pero morirán en el fuego, ¡solos!

Estaba agitado por pensar y no poder hablar. Se paró y comenzó a caminar por un túnel hecho por las copas de los gigantes árboles verdes. El ruido de hojas secas que pisaba rompió el eterno silencio que parecía existir en ese mundo. Todo era hermoso: los árboles inmensos y coloridos; el cielo celeste, profundo; el aire puro con olor a menta; el mar interminable; los buques varados; el sol espectacular. Miraba más allá de los árboles. Arena, cielo y mar se confundían, pero no podía encontrar o escuchar un solo pájaro. Extrañaba el chillido amistoso de las

gaviotas. Pensó dónde estarían, a qué lugar habían huido o qué hombres las habían matado. De pronto el silencio se rompió: tres silbatos se escucharon a lo lejos. Un grito conocido llamó a silencio y una trompeta empezó a escucharse.

Qué lástima que todo esté cercado... Será por eso que las aves no vienen hasta acá. El mundo del hombre no es para ellas. ¿Tan idiota es el ser humano? No podemos vivir entre nosotros y tampoco dejamos vivir a los animales. Si no es un tapado de piel, es una cartera de cuero o una cabeza de ciervo en la pared del living como trofeo. Sí, el ser humano es un boludo. Llegará el día en que nuestras propias cabezas sirvan de trofeos para el enemigo, como hacían los primitivos y el mismo Atila. ¿De qué teoría evolucionista me hablan? Si seguimos así, el hombre terminará convirtiéndose en gorila.

Se rió al pensar que él estaba conviviendo con personajes semejantes a gorilas. La ley del más fuerte, o la del que tiene el arma más sofisticada. Se rascó la nuca como para pensar qué haría ahora. La trompeta dejó de sonar. Sintió hambre y bronca a la vez. Se colocó el birrete y se dirigió hacia su hábitat temporal, pensando.

¡Qué lástima que esto esté cerrado! Quizás si se dejaran de escuchar gritos, tiros y trompetas, los pájaros volverían. Acá sólo vuelve el hombre. Menos mal que somos seres racionales... ¡Me cago en el mundo!

Y regresó cabizbajo, ya sin pensar...

NUEVE

EL CONDENADO

*La justicia muy severa
suele rayar en crueldá:
sufre el pobre que allí está
calenturas y delirios,
pues no existe pior martirio
que esta eterna soledad.*

Martín Fierro

—¿Sabés por qué me hacen esto?

—Creo que sí.

—¿Por qué "creo"?

—Leí el expediente...

El joven de mediana estatura no preguntó más, sabía que el error había sido cometido y muy pocas esperanzas le quedaban de salvarse. Extendió su mano izquierda lentamente hacia el joven alto y delgado y este sujetó fuertemente su muñeca con el metal. Su mano izquierda quedaba libre.

—Me hace mal —protestó.

—¿Y qué querés que le haga?

—No sé, aflojala un poco...

—No se puede. Esperá que venga el cabo.

No le dolía, pero no podía verse con una mano sujeta por las esposas metálicas con doble seguridad. No entendía por qué hacían tanto trámite si él había aceptado ir allá sin oposición alguna. No quería pensar en nada y tampoco tenía ánimos como para conversar. El joven delgado —furriel de la Sección Justicia— se colocó en su muñeca izquierda el otro extremo de las esposas.

—A mí no me molestan.

—Yo tengo las muñecas más grandes...

—Quizás...

No sabía por qué lo había hecho. No podía explicárselo. En los interrogatorios había aceptado su culpa... pero él no creía ser el culpable. Pero entonces ¿por qué se resignó a aceptar esa culpabilidad? Sí, sabía que lo había hecho, él era el que había cometido el delito... pero no se sentía culpable.

Sentía el metal en su muñeca izquierda, no le molestaba pero fingía la molestia. Estuvo observando el gráfico de las actuaciones de justicia del año 1983 que colgaba de la pared en el cuarto donde se encontraba unido metálicamente con el joven alto y delgado.

Pasaban por su mente imágenes locas, desjuiciadas. No podía ni quería pensar en su familia. Se ruborizaba al pensar qué dirían sus padres del hijo perverso que tenían. *Soy un demente*, pensaba continuamente. La puerta de la Sección Justicia se abrió violentamente.

—¿Ya está? —preguntó el cabo, un flaco alto y con cara de nene.

—Sí, cabo. Dice que le molesta.

—No importa, vamos. El camino es corto.

Se dirigieron los tres hacia una camioneta verde. Un chofer esperaba con el motor en marcha. El cabo llevaba en su cintura una Ballester Molina 11,25 con dos cargadores. Los tres subieron a la camioneta y se amontonaron junto al chofer. Los movimientos de los jóvenes esposados eran torpes.

—Vamos —ordenó el cabo al chofer.

La camioneta arrancó lentamente y ninguno de sus pasajeros abrió la boca. El condenado miraba quizás por última vez ese lugar verde, cerrado, ese cielo falso que flotaba por encima suyo. Pensaba en su futuro, en qué le harían, en cómo

sería ese nuevo lugar. *¿Por qué lo hice? La puta que los parió, se lamentaba, se arrepentía. Yo no lo quise hacer...*

Recordó que desde el primer día que llegó a ese lugar se masturbaba todas las noches, como a las tres de la mañana, en el baño. Se cuidaba de que los "imaginarias" no lo descubrieran. No podía soportar un solo día sin hacerlo. Las mujeres que trabajaban cerca de él lo excitaban y no podía ni siquiera hablarles. Tampoco tenía dinero como para ir a la ciudad y pagar en un prostíbulo. Durante el día esperaba desesperadamente que llegara la noche para gozar nuevamente en soledad.

¿Por qué lo hice? Una lágrima recorrió su mejilla mientras la camioneta mantenía la velocidad en cien kilómetros por hora. El paisaje era triste. Campo amarillo, raso, sin árboles. Cada cinco kilómetros, más o menos, cruzaban alguna base o algún destacamento naval. Nadie hablaba. El cabo y el furriel habían encendido un cigarrillo. El condenado no había querido hacerlo.

Cuando llegaron a la Base Naval Puerto Belgrano el chofer se perdió y no supo llegar a destino. El cabo le preguntó a un conscripto que montaba guardia en un puesto y así pudieron llegar.

La entrada estaba vigilada por tres cabos y dos conscriptos vestidos con uniformes de gala. Detuvieron el vehículo para identificarse y pasaron. Un letrero de más de veinte metros de largo rezaba con letras blancas: PRISIÓN NAVAL PUERTO BELGRANO.

El condenado sintió un escalofrío en todo el cuerpo, como una suave descarga eléctrica. La tarde estaba cayendo. Era un 6 de mayo y el frío no se hacía sentir demasiado. Pensó en sus veinte años...

—¿Cuánto me dieron?

—Creo que ocho. Pero si la llevás bien te pueden rebajar la condena.

Veintiocho años, meditó un instante. Creyó que durante un tiempo estaría muerto, y después, a vivir otra vez. Pero, ¿con qué cara iba a mirar a sus padres cuando volviera a su casa? *Me escupirán... ¿O me entenderán?* Se consideraba un enfermo mental porque lo habían examinado médicos y sicólogos. *Un sicópata sexual*, se autocondenaba.

Maldijo el momento en que hizo la promesa de no masturbarse más mientras estuviera allí adentro. Esa promesa fue la culpable de todo. Tres días pudo cumplirla, pero no pudo llegar a la cuarta noche. *Yo y mis promesas idiotas...* No pudo llegar a la cuarta noche.

—Vamos, bajen —ordenó el cabo en tono severo.

El condenado vestía uniforme de gala y llevaba en su mano libre un bolso azul con sus pertenencias. El furriel vestía uniforme camuflado al igual que el cabo. Este último adelantó su marcha hacia la puerta de entrada y los conscriptos esposados lo siguieron unos metros atrás.

—¿Cuál de los dos es? —preguntó el suboficial que los recibió.

—¡Él! —se apuró a contestar el furriel, señalando con su índice derecho al condenado.

El cabo y el suboficial rieron al ver la cara de espanto que había puesto el inocente. Pero el que no había hecho un solo gesto había sido el condenado. Su cara era inexpresiva. No sonrió. Se limitó a bajar la cabeza, mirar al piso sucio y esperar. El cabo abrió las esposas y los dos conscriptos se tomaron automáticamente la muñeca anteriormente esposada y se la masajearon un poco.

El condenado comprendió que ya no quedaba nada por hacer. Saludó al cabo apretando fuertemente su mano derecha y lo mismo hizo con el furriel. Los tres se miraron sin decir una sola palabra.

Cuando el cabo y el furriel se retiraron, escucharon cómo las pesadas puertas de hierro se cerraron a sus espaldas.

—¿Será loco? —preguntó el cabo.

—¿Qué sé yo, cabo? Si fuera loco... no tendría que estar acá, ¿no?

Siguieron caminando hacia la camioneta verde. Ya en viaje encendieron otro cigarrillo. El chofer, con un poco más de confianza causada por la ausencia del condenado, se animó a preguntar:

—¿Qué hizo?

El cabo miró al frente, hacia la ruta, y no contestó. Solo suspiró profundamente. El furriel le contestó, pero también con la vista puesta en la ruta:

—Tentativa de violación.

—¿A una mina?

—No... Al hijo del revistero... tiene ocho años.

Ninguno de los tres abrió la boca en el resto del viaje.

DIEZ

VEINTE AÑOS

***La soledad causa espanto
el silencio causa horror
ese continuo terror
es el tormento más duro
y en un presidio seguro
está de más tal rigor.***

Martín Fierro

Al descender del colectivo se sintió un poco mejor, como si respirara aire puro, diferente al que venía respirando todos los días. Hacía un poco de calor pero todavía usaba el uniforme de invierno. Pronto llegaría la primavera. De su hombro derecho colgaba un bolso de tela azul casi vacío. A simple vista se diría que no llevaba nada en él. Se desabrochó el botón dorado que le ajustaba el cuello y miró su reloj: las cuatro de la tarde.

Punta Alta estaba casi vacía. Recién comenzaban a abrirse los pocos negocios que había sobre la calle Yrigoyen. No había ni un árbol como para decir que el paisaje era variado en la calle principal. El sol estaba débil pero igual molestaba al que no estuviera resguardado. Una ciudad chata, sin edificios. Una ciudad triste que durante los trescientos sesenta y cinco días del año veía pasar a miles de jóvenes uniformados buscando hacer algo para no aburrirse en los días libres.

Él era uno de ellos, uno de los tantos que conocen Punta Alta sin desearlo. El uniforme le molestaba, transpiraba y, sin pensarlo demasiado, caminó algunas cuadras hasta llegar a la plaza. Cada vez que llegaba allí se preguntaba lo mismo acerca del monumento que se alzaba en el centro de la misma: *¿Qué es eso? ¿Qué representa?* Un cartel que indicaba la prohibición de pisar el césped lo

hizo detener y pensar... Pero no mucho. De inmediato se sentó debajo de un árbol que proporcionaba una gran sombra y encima del césped prohibido.

Suspiró muy fuerte y se recostó sin pensar en que ensuciaría su ropa. Tenía los ojos muy abiertos, extraviados en el cielo que poco a poco se iba cubriendo de nubes grises y amenazadoras. A pocos metros de él, sentados en un banco, una pareja de novios manifestaba públicamente su amor, en silencio, con un largo beso. Más atrás, cuatro chicos que estaban jugando al fútbol, corrían riendo, escapando del placero que los perseguía. Se sintió solo y pensó que no era la primera vez.

Tengo que festejar, pensó. *No me puedo quedar acá tirado*. Se levantó y se dirigió a un almacén: con una cerveza y un sándwich de mortadela le alcanzaría para no sentirse tan solo. Volvió a la plaza, al mismo lugar de antes. Se sentó contra el tronco del árbol y comenzó a comer y a beber. *Tengo que festejar*. Se imaginó que a su lado estaban todos sus amigos, su familia y hasta su perro. No podía hablar con ellos, pero él tenía la solución. Abrió el bolso azul, sacó unas diez cartas y, de a una, las empezó a leer. *Tengo que festejar... y quiero que ustedes me hablen*, dijo dirigiéndose a las cartas. Quería escuchar las voces lejanas, quería recordar todo lo bueno que había pasado ese mismo día pero el año anterior, allá en su casa.

En la primera carta que abrió su madre le decía que *aunque no estés con nosotros, tené la seguridad de que nosotros estamos junto a vos, y quiera Dios que pronto estemos todos juntos...* Cerró los ojos y se le fruncieron hasta las uñas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar. Estaba solo en una plaza triste, a más de mil kilómetros de su casa, leyendo cartas, soñando rostros, escuchando palabras.

Terminó de comer el sándwich con dificultad, tenía un nudo en la garganta que apenas lo dejaba respirar. ¡Cómo hubiese querido salir corriendo, subir a un colectivo y no parar hasta llegar a Santa Fe! Y no volver más a ese sitio horrible. Un trago de cerveza le ayudó a digerir el pedazo de sándwich atragantado. Tomó otra carta al azar y leyó en el remitente *Valeria*. Una sonrisa brotó en su rostro al pensar en la Negra, al traer a su mente el rostro de su amiga. Le temblaban las manos y tardó un buen rato entre abrir el sobre, sacar la carta, acomodar su trasero en el césped y ponerse a leer. La sonrisa que segundos atrás había brotado en su rostro poco a poco fue desapareciendo, y sin darse cuenta sacó de su bolsillo un pañuelo y lo apretó bien fuerte con el puño. *Che, Negro, no te vas a amargar el 1º, pensá que todos los que te queremos vamos a estar con vos ese día...* No alcanzó a usar el pañuelo. Un fuerte suspiro le hizo aflojar tensiones y se tranquilizó un poco.

El cielo poco a poco se iba apagando pero no porque la tarde caía: inmensas nubes negras llegaban del sur con su amenaza de lluvia. Los truenos comenzaron a escucharse. Terminó la botella de cerveza de un solo trago y sosteniéndola en lo alto exclamó: *¡Salud!* Antes de abrir otra carta se recostó. Cerró los ojos y, pensando en mil cosas a la vez, tarareó una canción.

De repente se levantó y, tomando una carta, se dijo nuevamente: *Tengo que festejar*. La abrió sin fijarse en el remitente y al empezar a leerla, reconoció la letra. Era de Fabio: *Espero que la pases todo lo bien que puedas ahí; acá nos vamos a tomar algo y vamos a brindar por vos...* Ahora sí que estaba flojo. Flojo y tensionado a la vez. Flojo de espíritu y tensionado de cuerpo. Y justo cuando comenzaban a caer las primeras gotas de la inminente tormenta, cayó por su rostro

una lágrima, la primera del día... pero no la última. Le dolía el alma, le dolía el cuerpo y le dolía volver a encerrarse en el lugar que tanto odiaba.

Al instante de su primera lágrima vio aproximarse al placero. Venía serio y se dirigía a él. La botella estaba tirada en el césped y algunas migas afeaban el sitio.

—¡Oiga, usted!

—¿...?

—¿No vio el cartelito? Pro-hi-bi-do-pi-sar-el-cés-ped, por si no sabe leer.

Mientras el placero gruñía, él fue levantando la vista hasta encontrarse con los ojos de la autoridad de la plaza. Se miraron varios segundos fijamente, sin hablar. La lluvia empezó a ser cada vez más fuerte y los dos se empezaron a mojar. *¿Cómo le explico a este viejo que estoy de festejo?*, pensó. El placero cambió su rostro duro por un gesto más cordial y le preguntó:

—¿Está llorando o es la lluvia, soldado?

—Estoy festejando mi cumpleaños... —pudo contestar.

El viejo hizo un gesto, comprendiendo, y, retrocediendo lentamente y sin sacar la vista del cuerpo, le dijo:

—Bueno... Feliz cumpleaños... Que la pases bien...

Fue el único saludo que escuchó aquel día. Y el viejo se alejó despacio bajo la lluvia, rumbo quizás a su casa, pensando en ese cuerpo sentado que festejaba su cumpleaños en una plaza, solo.

Él siguió sobre el césped. Guardó las cartas en el bolso y miraba caer la lluvia. Su cuerpo empezó a empaparse pero de ahí no se movía. No quería volver a encerrarse, prefería mojarse y sentirse un rato libre. No quería pensar tampoco en su festejo solitario. Solamente quería saber si las gotas que recorrían sus mejillas

hasta llegar a sus labios, eran simplemente de la lluvia o verdaderas lágrimas prófugas de su espíritu.

Vas a tener que cambiar. Sí, sos otro. No sos el que tiempo atrás conocí. Vas a tener que dejar de lado todo el odio que hoy tenés dentro tuyo. Vas a tener que escupir la rabia que brota de tu corazón. Vas a tener que tirar al chiquero todas las miserias que hoy están estropeando tu alma. Vas a tener que saber ignorar lo que hoy te pasa. No seas boludo, todavía tenés mucho por andar. Vas a tener que volver a tus viejos tiempos, ¿te acordás? Por favor, ignorá el presente, mirá adelante, confiá, creé, yo sé que vos podés. Te pido que vuelvas a ser el que fuiste tiempo atrás. Aquel que siempre tenía una sonrisa para dar. Aquel que siempre tenía un poquito de buen humor. Aquel que quería vivir, soñar, volar, reír... Yo sé que vos podés, sé que vos podés volver, sé que podés reír, sé que podés acordarte de todo lo que fuiste, que podés ser nuevamente. ¿Sabés cómo? Pensá... recordá... ¿Te acordás de tus amigos, de tu familia, de todos los que te quieren? ¿Sí? ¿Y? Bueno, ¿por qué llorás? ¡Vos podés! Vas a tener que cambiar...

ONCE

UN DÍA MÁS

*Grabenlo como en la piedra
cuanto he dicho en este canto
y aunque yo he sufrido tanto
debo confesarlo aquí;
el hombre que manda allí
es poco menos que un santo.*

Martín Fierro

Cuatro paredes y un techo lo protegen del frío de una oscura noche. Dos frazadas cobijan su cuerpo cansado y tembloroso. Pasó otro día. Uno más entre muchos. Un día igual a los anteriores, con ganas de que los próximos cambien.

Las vigas de madera del techo crujen y hacen que su pesado sueño se desvele. Siente el ruido de las ramas de un viejo álamo, azotadas por el fuerte viento. Quizás algún ave esté pagando las consecuencias, acurrucada en su cálido nido de barro y paja. Una ventisca de aire helado penetra por un vidrio roto de la vieja ventana y hace que su cuerpo se estremezca y se acurruque cada vez más dentro de sus frazadas.

Mira al techo como buscando una explicación de su actual vivir y choca contra la violeta luz de sueño que cierra sus ojos hasta hacerlo dormir definitivamente. Viejos y hermosos recuerdos pasan con muchos colores por su mente, escenas locas, imposibles, inciertas. Caras lejanas, entrañables, que lo llevan lejos de su cama, a cientos de kilómetros, para volver en un segundo, de un solo movimiento.

Aunque en el oscuro cielo todavía brillan las estrellas y la luna aún conserva su silueta perfecta, un grito lo sobresalta e interrumpe su sueño. Es un grito ya conocido que le indica que un nuevo día ha comenzado.

La historia sigue...

DOCE

FONDEADOS

*Inora uno si de allí
saldrá pa la sepultura
el que se halla en desventura
busca a su lado otro ser;
pues siempre es bueno tener
compañeros de amargura.*

Martín Fierro

El mate seguía la ronda lentamente. Eran cuatro. Cada uno sentado en una silla, estiradas las piernas, el cuerpo flojo. Era una hora en la que podían ponerse a charlar, cebarse unos amargos, jugar a los naipes, pero a escondidas. Estaban *fondeados* en la Repostería del Departamento Secretaría de la Base. Los cuatro estaban vestidos de igual forma: uniforme camuflado y botas. Hacía calor. Eran las tres de la tarde y en toda la Base no se escuchaba un solo ruido. Todo estaba tranquilo. Por las calles sólo se veían algunos conscriptos barriendo o cortando el césped.

—¡Dale, que no es mamadera! —le gritaron al mendocino.

—¡Ya va, sanjuanino jetón!...

Siempre había un clima alegre cuando se sentaban a compartir los ratos libres. Nadie lo había propuesto, pero sabían que si se llevaban bien, el tiempo pasaría más rápido. Generalmente era el sanjuanino el que vivía con la risa en la boca, siempre con un chiste o una broma en su mente. Incansable hablador. Era él en esos momentos el encargado de cebar los mates.

—Tomá, Antejito —dijo extendiéndole el mate al porteño.

El mendocino cortaba el pan que había conseguido en la cocina. Siempre era él el que conseguía comida para llenar el estómago y así aguantar hasta la hora de la cena. Ese día había conseguido mermelada de durazno y todos esperaban su turno para servirse.

El santafesino era el más callado, estaba recostado contra la pared con un lápiz en la boca y un cigarrillo en su mano izquierda. Observaba desde lejos un papel con un dibujo que estaba haciendo. Era un callejón sin salida, con las paredes muy deterioradas, una columna con luz de mercurio, el sol que se asomaba detrás del muro y, dentro de un tacho de basura, una paloma muerta. En el suelo, un papel pisoteado con la palabra PAZ. El santafesino miraba su dibujo como queriéndolo retocar, borrar o romper... Dejó el lápiz en la mesa y pidió un mate.

—Tomá, Lombriz, y a ver si comés porque cada día estás más flaco.

—Loco, ¿ustedes se pusieron a pensar —preguntó el santafesino—, pero a pensar en serio, qué función cumplimos acá adentro? Hacemos horario de oficina por la mañana y por la tarde estamos al repedo...

—Yo no puedo pensar y tomar mates al mismo tiempo —dijo el sanjuanino largando una carcajada.

—Estamos al servicio de *ellos* —dijo el mendocino.

—Lo bueno sería armar una revolución acá adentro —agregó el porteño—. Pero pacífica. ¿Qué pasaría si todos los colimbas nos negáramos a obedecer órdenes?

Hubo un silencio largo y solamente se sintió el ruido que el santafesino hizo al finalizar el mate.

—¡Qué va a pasar! ¿Cómo hacés para que más de mil monos se pongan de acuerdo? —intervino el mendocino—. Siempre hay alguno que se borra. Y con que se borre uno solo es suficiente para que todo fracase.

El mate siguió dando vueltas. Los cuatro jóvenes masticaban sin hablar. Siempre surgían los mismos temas: encierro, obediencia, cansancio, odio, melancolías...

—¿Qué estará haciendo mi Rosita? —suspiró el sanjuanino.

—Seguro que anda con otro. ¿O te creés que está pensando en vos? —le contestaron.

Hubo risas, contestaciones, cargadas. Siempre a las preguntas melancólicas le seguían cargadas, bromas, risas. *¿Para qué amargarse? Ya demasiado se amarga uno cuando está solo, ¿no nos vamos a amargar todos juntos, no?*, era el pensamiento del mendocino. La ley era evadirse, pero eso no era fácil de lograr. El mendocino siempre contaba anécdotas de Alvear, de sus estudios de Enología. El santafesino con sus poesías y con sus dibujos protestaba constantemente. El porteño se volaba con su música y su poesía. Y el sanjuanino, con su Rosita. Todos sin querer volvían a su tierra natal. Todos llevaban un poquito de melancolía en su interior y necesitaban exteriorizarla. Tenía cada uno algo que decir, que maldecir. Ninguno soportaba la idea de la pérdida de tiempo, de un trozo de vida.

—Ni siquiera nos enseñan a manejar un fusil... —protestó el sanjuanino.

—¡Mejor! ¿Para qué querés usarlo? ¿A quién querés matar? —dijo el porteño enojado.

—Haya paz, haya paz...

—¡Sí, bárbaro! Haya paz... —exclamó el mendocino—. Pero no somos nosotros los que decidimos si hay o no hay paz. ¡Son ellos, la puta madre, son ellos!

No nos enseñan a manejar un arma y luego inventan una guerra como Malvinas...

Sí, haya paz, pero...

—¡Loco, pará! Aquí estamos cayendo en un error —explicó el porteño—.

La paz tiene que existir para el que la desea, y el que no, que se joda y que vaya al frente. Ya lo decía el gran John: *Si un hombre no tiene deseos de luchar, debe tener el derecho de no ingresar al ejército.*

—Sí, loco, mucho idealismo, pero sucede que acá, en este bendito país, la colimba es una obligación avalada por una ley nacional —dijo irónicamente el santafesino—. Entonces no nos queda otra que seguir protestando como unos boludos y nada va a cambiar.

—¡Paren, paren! Entonces —concluyó el sanjuanino— la paz es imposible porque no depende de nosotros sino de ellos...

—¡Bien! —gritaron todos juntos aplaudiendo a modo de burla.

—Eso es lo que estuvimos hablando hasta recién —dijo el mendocino—. ¡Qué rápido sos! —y las risas continuaron por unos segundos hasta que escucharon un ruido en la puerta de entrada de la Secretaría.

—¿Quién es el oficial de guardia hoy? —preguntó con miedo el mendocino.

—El gordo choto de Castilla —contestó el porteño.

Castilla era el teniente de navío, gorila y con cara de perro, que había firmado los treinta días de castigo antes de Navidad para el santafesino, quien instintivamente cerró los ojos y se aferró a su lápiz y su dibujo.

Se quedaron callados. El teniente Castilla era uno de los oficiales más severos con los conscriptos. Estaba de guardia y ellos estaban fondeados. En

silencio quisieron acomodar todo, limpiar, pero ¿qué excusa darían ante la inminente explicación que requeriría el teniente? Todo fue en vano. Los pasos se sintieron muy cerca y no tuvieron tiempo para disimular el desorden.

—¿Qué hacen ustedes acá? —gritó el oficial.

Los cuatro conscriptos se pusieron automáticamente de pie, en posición de firmes, y se quedaron inmóviles. El teniente había aparecido imponente, con la radio en la mano, la tira amarilla que lo identificaba como oficial de guardia; se paraba siempre a lo malevo, exhibiendo su cuerpo inmenso como símbolo de autoridad. Los jóvenes parecieron disminuir su tamaño.

—Parece que están bien instalados... Mate, pan, mermelada, cigarrillos... ¿Ustedes no están haciendo el servicio militar, según se puede comprobar, no?

Nadie hablaba. Todos tenían ganas de contestarle que tenía razón, que la colimba no era verdaderamente eso, pero no se animaban. Ya estaban pensando en diez días de arresto, en flexiones de brazos, de piernas, y todo castigo de que se valían ahí adentro.

—Bueno, parece que están mudos. Siéntense. A ver, vos —dirigiéndose al sanjuanino—, parece que sos el cebador, dame un amargo.

Se miraron, no entendieron nada. Vieron cómo tomaba mate sin decir nada, sin dictar ningún castigo, y hasta comiendo un pedazo de pan con mermelada.

—¿De qué estaban hablando?

—De lo que vamos a hacer cuando nos den la baja —se apuró a contestar el santafesino.

—¿Ah, sí? ¿Y qué van a hacer?

—Yo, estudiar. Tengo que terminar todavía la secundaria.

—¿Y vos? —le preguntó al sanjuanino.

—Quiero hacer la primaria. Quiero aprender a leer y a escribir...

—¿Nunca escribís a tu casa?

—Sí, ellos escriben las cartas. Yo les dicto lo que quiero.

—¿Qué es esto? —preguntó el teniente tomando el dibujo del santafesino—. ¿Quién lo hizo?

—Yo.

—¿Y qué significa?

—No significa nada. Cada uno le da la interpretación que quiere.

Nadie más habló. El teniente se quedó mirando el dibujo. No decía nada. Sólo se oía el respiro fuerte que producían sus fosas nasales. Los jóvenes se miraron entre ellos y ya con un poco más de confianza arriesgaron una sonrisa.

—Paz... ¿Vos la proclamás?

—La deseo... ¿Qué sé yo? Quisiera que... Soy idealista, por eso...

—Yo les tengo miedo a los que proclaman paz —agregó el teniente—. Porque son ustedes los que la perturban.

—¿Por qué? —preguntó casi gritando el porteño.

—¿Vos también? Muchos dicen que nosotros somos lo peor. Pero ustedes, cuando están allá afuera con sus pelos largos y sus medallones, típico de vagos, son todavía más peligrosos que nosotros.

El ambiente había cambiado. Ya podía notarse un leve nerviosismo en los gestos del teniente y un poco de bronca en la expresión de los conscriptos. El mate ya no pasaba de mano en mano. Estaba sobre una mesa, enfriándose. Había una mentalidad contra cuatro. La del poder contra las de la obediencia. Obviamente, la

última palabra la tuvo el poder. La obediencia cumplió con su papel: cerró la boca. ¿Miedo? Sí, miedo a la sanción, miedo al castigo físico, miedo a opinar en un sitio y en una época en los que nada era fácil. El teniente suspiró, dio media vuelta y antes de salir, agregó:

—Arreglen esta mugre y cada uno se va a su puesto de trabajo. Y a ver si en vez de pensar idioteces se dedican a construir el país.

—¡Comprendido, señor teniente! —contestaron los conscriptos a coro y poniéndose de pie automáticamente.

Cerró la puerta y se fue. Hubo cuatro sonrisas producidas simultáneamente. Cuatro sonrisas que expresaban bronca. Cuatro sonrisas que no podían comprender que existiera gente que no acepta ni permite la felicidad.

TRECE

EL BAILE

*Y digo a cuantos inoran
el rigor de aquellas penas
yo que sufrí las cadenas
del destino y su inclemencia:
que aprovechen la esperencia,
del mal en cabeza ajena.*

Martín Fierro

—¡Arriba, abajo!... ¡Arriba, abajo!...

Sentía sus piernas crujir. Sus muslos parecían querer explotar. Sus rodillas ya no coordinaban sus movimientos. Hacía cuarenta minutos que estaban sobre el cemento caliente realizando *ejercicios de castigo*. Un teniente era el que les ordenaba a gritos los movimientos. Tres cabos supervisaban la correcta realización de los ejercicios de los cincuenta o sesenta conscriptos castigados. ¿Castigados por qué? Por el solo hecho de estar próximos a la baja.

—¡Arriba, abajo!... ¡Arriba, abajo!...

De vez en cuando cerraba los ojos y suspiraba profundamente. *Aguantá, aguantá*, se decía. *Son los últimos días, son las últimas horas*. La transpiración recorría todo su cuerpo cansado. Su poco cabello parecía recién mojado. El uniforme estaba adherido a su piel.

—¡Atención! —los conscriptos de un salto quedaron en posición de firmes—. ¡Cuerpo a tierra! ¡Flexiones de brazos! ¡Uno, dos, tres!...

¡Cómo quería gritar! Quería preguntar por qué tanta idiotez, quería comprender la razón de esa vida y no podía. ¿Qué ganarían con eso? Nada... Nada... Se sentía impotente ante toda esa farsa, ante todo ese circo lleno de domadores de ovejas. ¡Qué bosta de gente! *Seguro que en sus casas sus respectivas esposas los tienen cagando*. Parecían gozar viendo cómo esos jóvenes

se rompían el alma obedeciendo sus órdenes. Gritaban sonriendo irónicamente, sintiéndose grandes, poderosos, insuperables.

—¡Carrera mar alrededor mío!

Se sentían el centro del universo, el eje del cual dependían todos sus súbditos, todos esos infelices que sin protestar, sin levantar la voz, corrían a su alrededor, saltaban como ellos querían, se tiraban al piso ante sus órdenes, sonreían ante sus chistes y sufrían ante su hipocresía.

—¡Atención! —una pausa muy silenciosa sucedió a ese grito—. Ya casi cumplieron con su deber... Ya casi tienen los catorce meses, ¿no? Muy bien... ¿Y qué piensan? ¿Aprovecharon este tiempo?

Por supuesto que nadie contestaba. Sabían que esas preguntas no debían ser contestadas. Sabían que esas preguntas retóricas formaban parte de un monólogo que no se podía interrumpir.

—Espero que los *nenes de mamá* hayan aprendido a valorar lo bueno. Tienen diecinueve o veinte años y están cansados por dos o tres flexiones... ¿No son hombres acaso? ¡Cuerpo a tierra! ¡Flexiones! ¡Uno, dos!...

¿Cómo comprender eso? Él no entendía nada. Solo cerraba los ojos y seguía los movimientos mecánicamente. No pensaba, no quería hacerlo. ¿Para qué? Demasiado había pensado ya en esos trece meses que habían pasado. Ya se iría, dentro de muy poco, y después... ¿Y después? ¡Qué importaba! Lo más importante era irse de una buena vez por todas, cuanto antes mejor. Por eso obedecía, por eso no se quejaba, quería ver su documento nuevamente con una firma que certificara que había cumplido con esa estúpida ley nacional. Seguía con el sudor en la frente, ese sudor que había corrido casi permanentemente por su

rostro no solo por el sufrimiento físico: el dolor interior también hacía fluir de sus poros gotitas de odio, de impotencia, de desesperación.

—¡Felicitaciones, reclutas! Ya se van a sus hogares. ¡Qué felices deben sentirse! Nunca más el uniforme militar... Nunca más bajar la cabeza y obedecer, ¿no? Pero todavía están acá y con el uniforme puesto... ¡Carrera mar alrededor mío!

Fueron casi noventa minutos de torturantes ejercicios físicos y síquicos que hacían crecer su odio hacia esa casta de gente incomprensible, repudiable. Todo estaba terminando, ese período negro de su vida iba llegando a su final, pero en vez de sentirse más aliviado, sentía un gran peso en su alma, un gran peso al que tenía que descargar sea como sea, no sabía cómo, pero tenía que quedar bien interiormente, sentirse libre de todo eso que estaba viviendo.

El castigo llegó a su fin y todos quedaron sentados sobre el duro piso de la Plaza de Armas. Nadie hablaba porque ninguno tenía el aire suficiente como para hacerlo. Algunos se acostaron y cerraron los ojos, olvidándose durante algunos segundos del presente. Otros dirigieron la vista al infinito celeste preguntándose el porqué de todo eso, pregunta que encajaba en todas las situaciones allí vividas, a toda hora, en todo lugar, y que jamás encontró una respuesta lógica.

El teniente —con apellido de lodo— y los cabos quedaron reunidos a un costado, conversando de cualquier cosa, sonriendo, fumando y mirando de vez en cuando esos cuerpos que yacían en silencio a sus pies.

Él permaneció sentado, agachó la cabeza y la apretó fuertemente entre sus piernas. Cerró los ojos y respirando profunda pero lentamente, quiso pensar en algo diferente, quiso olvidarse de todo eso, quiso dejar de lado todo ese odio que le brotaba para pensar en el mañana... Pero no pudo, había algo que no lo dejaba

pensar en otra cosa que no sea esa triste realidad. Ese *algo* era ganas de desahogo, ganas de gritar a los cuatro vientos su bronca y su coraje reprimido de una vez por todas. Ya habían pasado casi catorce meses de estar viviendo en silencio, sin poder opinar, sin tener la libertad mínima como para mear cuando tuviese ganas. Eran casi catorce meses de bronca acumulada, de actitudes sin sentido, de órdenes gritadas, de *comprendidos* incomprensibles. Ya había llegado a un límite que no podía ser superado, la estupidez no podía ir más allá. Todo tenía que terminar. *¿Pero cuándo?*, murmuró con rabia entre sus piernas. *¿Cuándo, cuándo?*, y la bronca iba creciendo cada vez más.

—¡Atención!

Todos, en un movimiento justo, calculado, saltaron a un mismo tiempo y quedaron en posición de firmes. Nadie hablaba. El silencio parecía eterno. Las sonrisas en el teniente se habían transformado en seriedad temible. Su cara expresaba asco, lo mismo que sentían los conscriptos hacia él.

—Irán a las duchas. En quince minutos los quiero nuevamente acá formados. *¿Comprendido?*

Se escuchó a coro un *comprendido, señor teniente*. Comprendido... Comprendido... *¿Comprendido qué?*

—Y espero que los próximos *civiles* hayan aprendido la lección...

Nadie abrió la boca. Todos tenían una respuesta pero la callaron. Habían aprendido mucho en esos trece meses. Demasiado. *Sí, aprendimos la lección — pensó para sí—, la enseñanza es una sola: odio, y a ese odio lo tengo que descargar, de una forma u otra lo tengo que descargar...*

CATORCE

LA HISTORIA SIGUE...

*Sin perfeccionar las leyes
perfeccionan el rigor;
sospecho que el inventor
habrá sido algún maldito
por grande que sea el delito
aquella pena es mayor.*

Martín Fierro

El grupo de jóvenes vestidos de civil esperaba la hora de partida sentado en el duro piso de la Plaza de Armas. Ya habían almorzado y algunos todavía saboreaban la naranja que les habían dado de postre. Diciembre comenzaba y el sol no perdonaba. Los todavía conscriptos no sabían ya cómo protegerse de los rayos crueles. Sus pocas pertenencias eran utilizadas como sombreros. Algunos intentaron refugiarse en la sombra de los árboles que rodeaban la Plaza pero los cabos, siempre atentos, se lo impidieron. Parecía que los catorce meses no se cumplirían jamás. El último día era insoportablemente interminable. Estaban a escasos minutos de abandonar ese lugar donde todo parecía falso: el verde del césped, el aroma del mar y hasta el celeste del cielo. Muchas veces, durante los catorce meses, habían sufrido bajo ese cielo, entre esos árboles inmensos, respirando el aire salitroso que inspiraba sueños tropicales. ¡Qué falsa les parecía la naturaleza ahí adentro! Playas vírgenes, bosques frescos donde sólo se oía el soplar del viento. ¿Para qué tanta belleza desaprovechada?

Partirían a las 15. Faltaban todavía dos horas de interminable espera.

—Yo me llevo una chaquetilla camuflada...

—Yo un par de botas... ¿Y vos?

—Yo no quiero llevarme ni el recuerdo de todo esto...

Alrededor de la Plaza estaban los otros, los que todavía tenían que vestir el uniforme un tiempo más. Algunos les daban cartas a los que se iban para que se las llevaran a sus familiares. Otros sólo miraban en actitud envidiosa o nostálgica, imaginándose a ellos mismos vestidos con ropa *normal*.

En el mismo tren en que ellos se irían, llegarían los que recién empezaban a sufrir lo que ellos ya habían pasado. Ellos se iban y otros llegaban, una historia de nunca acabar. Muchos habrán recordado el momento cuando llegaron meses atrás a ese lugar...

—¿Te acordás cuando llegamos con todo el equipo? No sabíamos ni dónde estábamos...

—Y veíamos cómo se iban los otros... ¡Y se nos cagaban de risa los hijos de mil putas!

—Desquitate ahora con los que llegan...

—¿Desquitarme? Ganas de decirles que se escapen tengo...

—Así es la cosa, unos nos vamos, otros llegan...

—Ajá... La historia sigue...

Habían pasado catorce meses de tiempo perdido, de guardias inútiles por la noche, de nostalgias, de momentos compartidos con amigos circunstanciales. Habían pasado esos largos catorce meses y cada uno, a su manera, los estaba recordando. Una imagen retrospectiva les haría recordar momentos que quizás jamás en su vida los volverían a vivir. ¿Y quién pretendía revivir esos momentos?

A las 14.45 llegaron seis colectivos verdes a la Plaza. Uno detrás del otro fueron estacionando. Los todavía conscriptos sonrieron casi a la vez al verlos llegar. Era el principio del final que tanto anhelaban. Ya imaginaban la bienvenida en cada

uno de sus hogares, el encuentro con los viejos, con los hermanos, con la novia. Ya imaginaban el encuentro con la barra del barrio, de la facultad o del laburo. Era el final, lo sabían.

Formaron en la Plaza de Armas, pero ahora bien separados. Sus pertenencias al piso. Les revisaron hasta los bolsillos. Botas, chaquetillas y remeras militares les fueron quitadas a los que pretendían llevárselas. Después sí, el momento esperado: los colectivos fueron ocupados rápidamente por quienes querían irse de una vez por todas. Era la primera vez que una orden era cumplida con tanto gusto. A la voz de *¡suban!* los jóvenes ya casi estaban acomodados en las butacas de los colectivos. Los motores se encendieron. Por el cuerpo de los jóvenes recorrió un escalofrío que no supieron por qué fenómeno fue producido. ¿Por el movimiento del colectivo? ¿Por una emoción interior? Quién sabe... Lo cierto es que lo sintieron, y al sentirlo fueron un poco más felices.

Todos estaban ubicados y listos para partir. La emoción no era disimulada. Hubo consejos antes de la partida: *Guarden tranquilidad, soldados, porque al menor inconveniente vuelven todos*, dijo un teniente. Hubo aplausos y silbidos que no pudieron ser evitados. Pero esa pequeña demostración de libertad no impidió la partida. Lentamente fueron poniéndose en marcha los colectivos mientras los conscriptos, algunos en silencio y otros en jocosa actitud, se iban despidiendo de ese lugar al que tanto odiaron.

Los que se quedaban saludaban a los que se iban con un leve movimiento de manos, sin ocultar un poco de envidia. Algunos gritos de burla se escucharon al partir los colectivos: *¡Chau, colas! ¡Córtense las venas! ¡Suerte! ¡Chau, milicos!... ¡Chau, milicos!* Chau, milicos... El 1º de diciembre de 1983 lo

gritaron una y otra vez. ¡Chau, milicos! Al mismo tiempo todo un pueblo gritaba ¡adiós! a un gobierno nefasto, al horror, a la mentira, a la gran pesadilla. Todos estaban contentos: los que se iban, obviamente, y los que se quedaban, por la esperanza de que eso que disfrutaban ahora otros, ellos lo disfrutarían más adelante.

Ya en camino al tren, los seis colectivos que llevaban a los que se iban se cruzaron con otros seis colectivos que traían a los que recién llegaban. Entre risas y burlas hacia los *nuevos*, uno de los *viejos* murmuró:

—La historia sigue... ¡Hijos de mil putas!